# EN CARNE PROPIA

SALVADOR RANGEL ABUD

**En carne propia**

**Salvador Rangel Abud**

## SINOPSIS

*"Nadie nace siendo un monstruo. Algunos se van desfigurando poco a poco frente al espejo del poder, mientras aprenden a sonreír sin vergüenza, a estrechar manos ensangrentadas sin estremecerse, a justificar lo injustificable con palabras largas y tecnicismos huecos."*

Adán Tiberio Gómez Hernández ha pasado veinte años firmando documentos que no leía, autorizando operaciones que no supervisaba, pronunciando discursos sobre justicia social mientras sus firmas se convertían en sentencias de muerte para desconocidos. Diputado local, federal, senador, gobernador, Secretario de Gobernación, aspirante presidencial frustrado: una carrera política perfecta en un sistema perfectamente podrido.

Hasta que una tarde, en plena gira por la sierra, su helicóptero oficial, sus camionetas blindadas y sus zapatos italianos no pueden salvarlo de lo que lleva su nombre grabado desde hace años: el ajuste de cuentas de los que quedaron atrás.

Lo que sigue no es un secuestro convencional. No habrá rescate, no habrá negociación, no habrá llamada telefónica al secretario de Gobernación. Lo que habrá es algo que Gómez Hernández nunca experimentó en dos décadas de poder: escuchar. Testimonios de madres que buscan hijos en la tierra con una pala prestada. Fotografías de fosas comunes que sus operativos autorizaron. Grabaciones de niños que describe lo que vio cuando los soldados llegaron a su pueblo. Las firmas número 67, número 134, número 289 —cada una con el recuerdo de lo que el senador comía ese día— y la realidad de lo que cada una significó para quienes no aparecen en los informes oficiales.

El narrador también tiene sangre en las manos. Fue él quien apretó el gatillo en La Humedad. Fue él quien obedeció las órdenes que otros firmaban desde oficinas climatizadas. Su empresa no es la redención de Gómez Hernández. Es algo más ambicioso y más brutal: que un hombre que nunca tuvo que vivir las consecuencias de sus decisiones las viva, finalmente, en carne propia.

## ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene lenguaje crudo y explícito, violencia política detallada, descripción de crímenes de Estado y sus consecuencias humanas, y un narrador que no es héroe ni villano sino producto del mismo sistema que denuncia. No es una obra de entretenimiento político. Es una disección. Los que busquen consolación no la encontrarán aquí. Los que busquen verdad sin anestesia, sí.

## SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

## DETALLES DE PUBLICACIÓN

**Título:** En carne propia

**Autor:** Salvador Rangel Abud

**Género:** Novela política / Thriller de denuncia / Ficción de violencia institucional

**Extensión:** novela de largo aliento

**Estructura:** Prólogo + 10 capítulos + Epílogo

**Ambientación:** México contemporáneo, sierra y Ciudad de México

**Idioma:** Español

**Año de publicación:** 2025

**Plataforma:** Internet Archive — Acceso abierto

**Contacto:** wrangel.1352@gmail.com

## NOTA DEL AUTOR

Escribí esta novela porque estaba harto de los libros donde los políticos corruptos son castigados por la justicia institucional. En México, esa justicia no existe o ha sido capturada. Lo que existe es otra cosa: la memoria de los que sobrevivieron, la rabia de los que perdieron todo, y la pregunta que nadie quiere responder en voz alta: ¿qué pasa cuando el Estado falla definitivamente y alguien decide que la educación forzada es más honesta que la impunidad permanente? No ofrezco respuesta. Solo el espejo.

## LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

**Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)**

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

## PALABRAS CLAVE

corrupción · México · MORENA · impunidad · violencia política · crímenes de Estado · desaparecidos · novela de denuncia · thriller político · justicia · memoria histórica · Cuarta Transformación · cómplices · poder · conciencia

## TEMAS PRINCIPALES

La novela examina la arquitectura moral de la impunidad política: cómo un hombre puede pasar veinte años firmando órdenes que cuestan vidas sin jamás contemplar las consecuencias, y qué ocurre cuando esa distancia cómoda entre la firma y el daño colapsa de forma violenta e irreversible. Pero *En carne propia* no es solo la historia de un político corrupto: es la radiografía de un sistema entero que convierte la indiferencia en método de gobierno, la complicidad en requisito de ascenso y el olvido en política de Estado. El narrador —ex militar, ex servidor público, hombre que también apretó gatillos por órdenes de otros— es tan culpable como su prisionero, y la novela no lo absuelve. Su propuesta más incómoda es que en México no hay inocentes en las estructuras del poder: solo distintos grados de participación en el mismo crimen colectivo.

## CITAS DESTACADAS

"A veces lo que realmente duele es simplemente vivirlo en carne propia."

"El verdadero castigo no va a ser la muerte. Eso sería demasiado fácil, demasiado rápido. Tu castigo va a ser vivir el resto de tus días sabiendo que todo esto pasó gracias a tu firma, a tu silencio, a tu complicidad."

"Firma número 67, septiembre 12 de 2019. Lo recuerdo perfectamente. Fue durante la comida oficial con el embajador israelí. Había carne en salsa de nuez."

"Ya no me reconozco."

"El poder no corrompe. Revela."

"No queremos tu muerte. Queremos tu conciencia despierta y funcionando."

"El verdadero castigo es despertar cada mañana en un país que ya no reconocemos como nuestro."

## COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en ***En carne propia*** un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y la urgencia moral que le son propios.

Élmer Mendoza (***El amante de Janis Joplin*** / ***Balas de plata***): la narración de la violencia política mexicana desde adentro, con esa voz fronteriza que no pide disculpas por lo que cuenta ni adorna con eufemismos lo que es.

Juan Rulfo (***Pedro Páramo***): la construcción de un México donde los muertos hablan con más claridad que los vivos, y donde la culpa se transmite entre generaciones como herencia maldita que nadie quiere reclamar pero que nadie puede devolver.

Truman Capote (***A sangre fría***): la aproximación documental y psicológica a la violencia, que no busca justificarla ni condenarla sino comprenderla

desde adentro de quienes la ejercen y quienes la padecen, hasta que la línea entre ambos se disuelve.

## PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

El narrador dice que no busca redimir a Gómez Hernández sino educarlo. ¿Puede la violencia ser un instrumento legítimo de educación cívica cuando las instituciones han fallado completamente?

Gómez Hernández recuerda con precisión lo que comía el día que firmó cada decreto. ¿Qué dice eso sobre la naturaleza de la complicidad política?

El narrador también tiene sangre en las manos. ¿Lo convierte eso en igual de culpable que su prisionero, o la diferencia de posición —el que aprieta el gatillo versus el que firma desde la oficina— tiene alguna relevancia moral?

Al final, Gómez Hernández pronuncia su testimonio público y nadie aplaude. ¿Por qué ese silencio es más devastador que cualquier condena judicial?

La novela propone que en México no hay inocentes dentro de las estructuras del poder. ¿Está usted de acuerdo? ¿Dónde está la línea entre el cómplice y la víctima del sistema?

## CÓMO CITAR ESTA OBRA

**APA:** Rangel Abud, S. (2025). En carne propia. Internet Archive. https://archive.org

**MLA:** Rangel Abud, Salvador. En carne propia. Internet Archive, 2025.

**Chicago:** Rangel Abud, Salvador. En carne propia. Internet Archive, 2025.

## OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela histórica, la ficción especulativa, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, el drama psicológico, el thriller médico de denuncia, la novela genealógica, la ficción contrafactual, la novela cívica de imaginación democrática, la sátira onírica, la crónica literaria de arquetipos, la novela política de resistencia institucional, la crónica ensayística del desmantelamiento democrático y —como demuestra esta entrega— el thriller de denuncia narrado en primera persona desde el interior mismo de la violencia política.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

## ADVERTENCIA

Esta obra es ficción literaria. Los personajes, instituciones, operativos y situaciones que aparecen en sus páginas son construcciones narrativas.

Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, con partidos políticos, dependencias gubernamentales o hechos documentados es parte del ejercicio legítimo de la sátira política y la denuncia literaria, géneros protegidos por el derecho constitucional a la libre expresión y la creación artística.

El narrador en primera persona no representa la voz del autor ni constituye apología de ningún acto de violencia. La violencia que se describe en estas páginas es consecuencia narrativa de la impunidad que se denuncia, no una propuesta de acción.

Este libro no acusa penalmente a nadie. Retrata un sistema.

# INDICE

**Prólogo: El eco de la impunidad**
**Capítulo 1: La farsa del poder**
**Capítulo 2: El país de los otros**
**Capítulo 3: El cuarto sin nombre**
**Capítulo 4: Voces de los que no están**
**Capítulo 5: El silencio de los cómplices**
**Capítulo 6: La confesión del verdugo**
**Capítulo 7: La noche más larga**
**Capítulo 8: La metamorfosis**
**Capítulo 9: El informe secreto**
**Capítulo 10: El día en que nadie aplaudió**

## Epílogo: La carne que nos sobra

## Prólogo

## El eco de la impunidad

Nadie nace siendo un monstruo. Algunos se van desfigurando poco a poco frente al espejo del poder, mientras aprenden a sonreír sin vergüenza, a estrechar manos ensangrentadas sin estremecerse, a justificar lo injustificable con palabras largas y tecnicismos huecos. Adán Tiberio Gómez Hernández no fue la excepción. Fue, quizá, su epítome más cínico.

Corría el año de 1963 cuando en el sureste mexicano, nació en una tierra caliente, cruzada por la desigualdad y abonada por la miseria, donde los caciques eran de hueso, no de ideología. Desde joven supo que el verdadero poder no venía de la razón, ni de la justicia, ni siquiera del pueblo que tanto invocaría después. Venía del silencio, de la complicidad, del arte de deslizarse entre estructuras corroídas sin dejar huella. Estudió Derecho no por pasión por la ley, sino porque allí se aprendía a violarla con elegancia. Se doctoró en retórica jurídica, diplomado en hipocresía notarial y maestro en Ciencias Políticas con acento parisino—aunque nunca pronunció "liberté" sin que le temblara el ego.

Fue diputado local, federal, senador por un partido que decía defender a los pobres y que luego cambió de bandera sin cambiar de costumbres. Gobernador que dejó inconclusa su administración para trepar más alto en la maquinaria presidencial. Secretario de Gobernación que no gobernaba ni su agenda, pero que dictaba sentencias en ruedas de prensa. Aspirante a la presidencia que fracasó en el dedazo y regresó al Senado como plurinominal, sin haber ganado un solo voto desde hacía años, pero con

poder suficiente para manipular designaciones nacionales, proteger aliados criminales y amenazar adversarios con la sonrisa educada del verdugo ilustrado.

El país lo vio ascender como ha visto a tantos: envuelto en promesas, blindado por los pactos del régimen, resguardado por el olvido selectivo de una sociedad que ha aprendido a sobrevivir olvidando. Pero la podredumbre no se oculta eternamente. En el México de hoy, basta con rascar un poco el barniz de la "transformación" para encontrar la misma madera carcomida de siempre: clientelismo, cinismo, sangre bajo la alfombra.

Durante su gubernatura, Adán Tiberio nombró a un secretario de Seguridad Pública con vínculos tan evidentes con el crimen organizado, que hasta el silencio del Congreso resultaba ensordecedor. Ese hombre —hoy prófugo, con ficha roja de Interpol y acusado de liderar el cártel conocido como "La Aspiradora"— fue su mano derecha en el diseño de la política de "seguridad social con enfoque territorial", eufemismo con el que llenaron fosas clandestinas mientras hablaban de justicia.

Pero nadie investigó a Gómez Hernández. No había carpetas abiertas. No había pruebas —solo muertos. La Fiscalía General, domada como galgo de palacio, negó cualquier vínculo. Y la primera mandataria —discípula obediente del viejo líder moral retirado en su rancho "La Jodida"— cerró filas con él. “No hay elementos”, dijeron, como si los desaparecidos no fueran suficientes, como si los contratos amañados, los préstamos irregulares y las maniobras parlamentarias no contaran como crímenes sino como gestos patrióticos.

Porque en este país, el problema no es solo la corrupción. Es la normalización del cinismo. Es ese estado terminal en que el crimen ya no escandaliza, solo se contabiliza. Donde un político acusado de pactar con el narco puede aún dictar reformas constitucionales. Donde la palabra "transformación" sirve para justificar cualquier retroceso, cualquier crimen, cualquier traición.

Y Gómez Hernández supo navegar en ese lodazal como un tiburón entre peces ciegos. Aseguró la reelección de Escapulario Roca como presidenta de la Comisión de Derechos Humanos, no por méritos ni legitimidad, sino por el viejo método del control del Senado: chantaje, presión, votos comprados, amenazas veladas. Como en los tiempos del PRI, solo que ahora vestidos de guinda, con la Constitución en una mano y la pistola presupuestal en la otra.

Durante su paso por la Secretaría de Gobernación, se dedicó a insultar a los gobiernos estatales incómodos, a desviar fondos con contratos exprés, a firmar operativos fallidos que dejaban más cadáveres que capturas. En entrevistas se mostraba duro, desafiante, como si el país fuera su finca y la oposición un enjambre de moscas. Pero en privado, tejía acuerdos con caciques, negociaba con criminales y cuidaba la imagen pública del expresidente retirado, de quien seguía recibiendo instrucciones con la servidumbre de un cortesano.

El México de Adán Tiberio Gómez Hernández no es un país en guerra. Es un país saqueado. Es una nación con democracia de utilería, donde los que se decían "distintos" repitieron las mismas prácticas de siempre, pero con más eficiencia, más marketing, más hipocresía.

Por eso esta historia importa. No porque sea excepcional. Sino porque es exactamente igual a todas las demás.

Porque Adán Tiberio es un retrato colectivo: del funcionario que firmó sin leer, del legislador que aprobó sin pensar, del gobernador que se endeudó para no rendir cuentas, del senador que aplaudió mientras otros morían, del aspirante presidencial que se creyó dueño del país por haber sido cercano al dedazo de moda.

Este libro —*En carne propia*— no es una novela. Es una disección. Un espejo sin adornos. Una celda de palabras donde encerramos no solo a un hombre, sino a todo un sistema de complicidades, omisiones y crímenes de Estado.

Aquí no hay héroes. Solo testigos. Víctimas. Fantasmas que claman justicia entre los escombros de una república cada vez más vacía.

Adán Tiberio Gómez Hernández será desnudado palabra por palabra, testimonio por testimonio, hasta que no quede nada de su investidura más que los huesos corroídos de su impunidad. No esperes redención. No esperes justicia en sentido tradicional. Esto no es un juicio. Es una revelación. Y si al final de este relato no sientes un poco de rabia, un poco de vergüenza, un poco de ganas de incendiar el Senado con tus propias manos, entonces ya eres parte del problema.

Esta es la historia de un país que se mira a sí mismo por primera vez sin anestesia. Esta es la historia de un hombre que creyó ser el Estado. Y que por fin tuvo que vivirlo... en carne propia.

## Capítulo 1

## La farsa del poder

Dicen que los políticos no sudan, que aprenden a mentir sin levantar la ceja y a sonreír mientras apuñalan con la pluma. Mentira. Yo los he visto temblar cuando se les acaba el discurso preparado. He oído cómo crujen los huesos del poder cuando los separas del asiento acolchonado donde se creen invencibles, donde firman sentencias de muerte con la misma naturalidad con que ordenan el café de la mañana. Y nada, escúchame bien, nada sabe tan dulce como el silencio de un hombre acostumbrado a mandar cuando se da cuenta de que su voz ya no vale ni madre.

El senador Adán Tiberio Gómez  llegó a la sierra como quien baja de los cielos—literalmente. Helicóptero oficial con los colores patrios recién pintados, escoltado por una caravana de camionetas blindadas que costaron más que el presupuesto anual de tres municipios juntos. Traía puesta esa sonrisa embalsamada que practican frente al espejo hasta que se les vuelve reflejo, la misma que usan para inaugurar hospitales sin medicinas y prometer cambios que jamás llegaron.

Era su sexta gira en menos de tres meses por la región—todas calcadas del mismo molde burocrático: inauguraciones de obras inconclusas, discursos reciclados desde la campaña del 2018, abrazos fingidos con madres que habían perdido hijos por su negligencia, y promesas envueltas en la retórica de la "Cuarta Transformación" que no iban a cumplir ni sus bisnietos. El teatro perfecto de la democracia mexicana: mucho ruido, muchas fotos, ningún resultado.

Yo lo estaba esperando desde hacía semanas. Estudiando sus movimientos, sus rutas, sus horarios sagrados. Los tipos como Gómez Hernández son previsibles: llegan, discursean, cortan listones, se van. Nunca ven lo que dejan atrás. Nunca regresan a confirmar si sus promesas germinaron o se pudrieron en el abandono.

No soy poeta, pero hay algo inevitablemente poético en ver cómo se cierra un círculo. Gómez Hernández fue quien firmó esa reforma de seguridad con la pompa de quien creía estar haciendo historia, la misma con la que nos declararon enemigos del Estado sin consultarnos si queríamos serlo. Fue su firma, trazada con pluma Mont Blanc sobre papel membretado, la que convirtió a cientos de pueblos olvidados en zonas de guerra. Su indiferencia calculada fue la que dejó morir a los nuestros en fosas sin nombre, enterrados como animales mientras él cenaba en restaurantes de Polanco hablando del "pueblo bueno y sabio".

Y ahí estaba: bajando del helicóptero como si viniera a salvarnos del mal que él mismo había sembrado.

—Ahí viene el cerdo—murmuré por el radio, viendo cómo sus zapatos italianos tocaban tierra mexicana por primera vez en meses—. Tranquilos. Esperen la señal. Que termine su show.

Desde la loma, lo vimos avanzar hacia la tarima montada estratégicamente junto a una clínica abandonada. Una lona mal impresa, con errores ortográficos que nadie se molestó en corregir, proclamaba: "Salud con dignidad, futuro con justicia". Un chiste cruel de esos que solo entienden los que han visto morir a sus familiares esperando una ambulancia que nunca llegó. Adentro de esa clínica no quedaba ni una jeringa funcional. Las camillas estaban oxidadas, los vidrios rotos, las puertas tapiadas desde hacía dos años. Pero afuera, el senador saludaba a las madres de niños muertos por fiebre o bala como si fueran sus electoras de confianza, como si su voto realmente importara más allá de la urna.

Les sonreía con esa condescendencia aprendida en los cursos de comunicación política que imparten en el IPADE, la misma que usan para explicar por qué "no hay recursos suficientes" mientras se compran relojes que cuestan más que una escuela rural. Y las señoras, qué remedio, sonreían también. El miedo tiene mil formas de disfrazarse en este país: respeto, agradecimiento, civismo, esperanza. Todas igual de falsas, todas necesarias para sobrevivir.

La comitiva oficial era un desfile de la hipocresía institucional. Funcionarios de segunda que asentían a todo sin escuchar nada, reporteros pagados que

ya tenían la nota escrita desde antes de llegar, ediles locales que sonreían como perros esperando las migajas del presupuesto federal. Todos cómplices del mismo teatro, todos actores de una obra que se repetía en cada pueblo, en cada gira, en cada sexenio.

—Compañeras y compañeros—dijo Gómez Hernández al micrófono, con esa voz impostada que usan para fingir cercanía—, estamos aquí comprometidos con el bienestar de las comunidades más vulnerables. Esta carretera es símbolo del avance y del trabajo conjunto entre sociedad y gobierno en la construcción de un México más próspero.

Aplausos mecánicos. Aplausos de empleados municipales que no podían salirse del guion sin perder el empleo, de soldados que aplaudían porque sus superiores aplaudían, de periodistas que aplaudían porque así salía mejor la toma. La carretera de la que hablaba ni siquiera estaba terminada. Había un tramo de cinco kilómetros que seguía siendo terracería intransitable en época de lluvias, y otro, más adelante, con un socavón que ya se había tragado a una familia entera el mes pasado. Pero eso no había salido en las noticias. Las tragedias sin foto no existen para los medios.

Pero eso no importaba en el momento. Lo que contaba era la imagen, la narrativa, el mensaje. Gómez Hernández, con su casco blanco de constructor simbólico—nunca había tocado una herramienta en su vida—, cortando el listón tricolor con unas tijeras doradas que algún burócrata de séptimo nivel había pulido durante media hora. La prensa oficial lo capturaba desde todos los ángulos posibles, buscando la toma perfecta que ilustraría el progreso inexistente. Todo era impecablemente falso, profesionalmente vacío.

Y luego, como siempre, la caravana arrancó sin mirar atrás. Suburban blindada con vidrios polarizados, pick-ups con soldados que no conocían la zona, motocicletas de tránsito estatal que escoltaban a quien los había condenado al olvido presupuestal. La ruta estaba "asegurada", como siempre decían en los reportes que nadie leía. Pero nadie asegura nada en este país de pactos rotos. Lo que hay son arreglos temporales, silencios comprados con dinero que debería estar en hospitales, acuerdos que duran lo que dura la foto.

Nosotros no hicimos trato con nadie. No teníamos precio.

A un kilómetro del segundo retén, metimos la pipa atravesada. Era vieja, oxidada, de esas que parecen dormidas eternamente en los caminos rurales como monumentos al abandono. Los guardias ni la voltearon a ver—otra reliquia del paisaje que forma parte del decorado de la pobreza. Nadie le dio importancia hasta que fue demasiado tarde para frenar, hasta que entendieron que no era casualidad sino precisión quirúrgica.

Cuando quisieron reaccionar, ya estábamos encima como sombras armadas.

Tres camionetas por los flancos. Máscara negra para proteger la identidad que ya no importaba. Rifles en alto con la seguridad de quien sabe que

tiene la razón de su lado. Precisión de cirujano en cada movimiento calculado durante semanas.

El primer escolta bajó del vehículo con las manos en alto, pero sus nervios lo traicionaron. Se llevó un disparo limpio al pecho antes de que pudiera gritar. Cayó sin ruido, como si se hubiera rendido a la lógica implacable del plomo, como si hubiera entendido que ese momento era inevitable desde que aceptó proteger al indefendible. Los otros alzaron las manos sin siquiera intentar negociar. Sabían que no había margen para la diplomacia, que habían llegado al final del camino donde las palabras ya no servían.

Gómez Hernández salió de su asiento blindado con las manos temblando y la cara desencajada, transformado en segundos del estadista seguro al niño asustado que probablemente fue antes de aprender a mentir profesionalmente.

—¡Soy senador de la República! —gritó con voz quebrada, como si el título fuera un escudo mágico—. ¡Esto es un error! ¡Un malentendido! ¡Hablen con el secretario! ¡Con el general! ¡Tengo inmunidad parlamentaria!

Ah, los títulos. Cómo les brillan cuando sienten que se hunden. Cómo se aferran a los cargos como si fueran salvavidas en un naufragio que ellos mismos provocaron.

Lo subimos a nuestra camioneta sin mayor ceremonia, sin violencia innecesaria. Le pusimos una capucha de tela gruesa y negra, de esas que no dejan entrar ni luz ni dignidad. Las manos esposadas con las mismas esposas que él había autorizado comprar por toneladas para "combatir la inseguridad" en el presupuesto que firmó sin leer. Ironías del destino mexicano. Me hubiera gustado mostrarle el acta donde aprobó ese gasto: ciento cuarenta mil piezas para los cuerpos de seguridad. Un negocio redondo que enriqueció a sus amigos contratistas.

Durante el trayecto serpenteante por caminos que conocíamos como las líneas de nuestras manos, el senador empezó con las promesas desesperadas de quien aún cree que todo se arregla con influencias. Que tenía amigos poderosos. Que era compadre del Ejecutivo Federal. Que si lo liberábamos, nos recompensaría generosamente. Ofreció dinero que no era suyo, posiciones que no podía dar, protección que jamás había proporcionado a quien la necesitaba. Hablaba como si siguiera en campaña, como si todo se arreglara con saliva y promesas vacías.

Yo lo miraba desde el retrovisor mientras manejaba por senderos polvorientos. Tenía la boca abierta como pez fuera del agua, sudor frío empapándole la frente, y los ojos agitados debajo de la capucha buscando una salida que no existía.

Le subí el volumen a la música. Una rola de los Tigres del Norte sobre traiciones y ajustes de cuentas. Lo acompañé tarareando la melodía con genuino placer. Gómez Hernández se calló de golpe, como si hubiera entendido finalmente que sus palabras ya no tenían poder alguno. Supongo que en ese momento, por primera vez en años, se sintió pequeño. Vulnerable. Real. Tal vez pensó que iba a morir lejos de las cámaras y los

reflectores. Tal vez empezó a rezar con la desesperación de quien nunca había necesitado verdaderamente de Dios.

Pero en este país, ni Dios responde llamadas de políticos corruptos.

Llegamos al escondite cuando el sol se ocultaba detrás de las montañas, tiñendo el cielo de rojo como presagio. Un cuarto de concreto sin ventanas, construido especialmente para ocasiones como ésta. Una lámpara colgada del techo como único testigo. Silla de metal atornillada al suelo. Dos cámaras ocultas para documentar lo que vendría. Un baño sin puerta porque la privacidad era un lujo que ya no merecía. El mismo espacio donde habían pasado narcos arrepentidos, alcaldes corruptos, periodistas vendidos y algún que otro traidor que quiso jugárnosla. Nadie salía igual de ahí. Algunos no salían nunca.

Le quitamos la capucha con cuidado, como quien devela una obra de arte. Lo sentamos sin brusquedad. Lo esposamos a la silla con la eficiencia de la experiencia. Le dimos agua limpia en un vaso de vidrio.

—No somos animales—le dije mirándolo directo a los ojos—. Aún no.

Me miró como si esperara reconocerme en sus archivos mentales. Como si buscara algo familiar en mi rostro: un viejo socio del Congreso, un favor pendiente, una deuda política que pudiera cobrar. No encontró nada porque nunca se había molestado en ver realmente a las personas como yo.

—¿Qué... qué es lo que quieren? —preguntó con la voz definitivamente quebrada—. ¿Rescate? ¿Un comunicado? ¿Una confesión? ¿Con quién debo hablar para resolver esto?

—Con nadie—le respondí acercándome hasta que pudo oler mi aliento—. Tú vas a escuchar. Por primera vez en tu miserable vida política, Gómez Hernández, te vas a callar la boca y vas a escuchar sin interrumpir.

Me incliné sobre él hasta sentir su respiración rápida y agitada. El olor a colonia francesa de lujo ya empezaba a mezclarse con el miedo agrio que todos traen cuando se saben definitivamente jodidos, cuando entienden que llegó la hora de pagar las cuentas pendientes.

—Te vamos a contar cosas—continué con voz pausada—. Historias reales de gente real. Casos documentados. Nombres y apellidos de todos los que pasaron por tus manos sucias y no te importaron ni medio minuto. Los expedientes que firmaste sin leer porque tenías prisa para llegar a comer. Los presupuestos que recortaste para financiar tus campañas. Los que vendiste por tu sillón forrado en piel italiana. Y luego, si te queda algo de alma humana después de tanto cinismo, vas a entender finalmente por qué estás aquí.

Se quedó callado por primera vez en horas. Le temblaba un párpado como tic nervioso. Tragó saliva con dificultad. Ya había pasado la etapa de la indignación y las amenazas legales. Empezaba la fase de la introspección forzada, de la penitencia sin iglesia ni absolución.

—¿Y si no entiendo nada? —susurró casi en tono de niño asustado que pregunta por qué lo castigan.

—Entonces también sirve—le respondí enderezándome—. A veces, Gómez Hernández, entender no es lo que más duele. A veces lo que realmente duele es simplemente vivirlo en carne propia.

Y lo dejamos solo bajo la lámpara despiadada, frente al muro blanco como página en blanco, esposado a su nueva realidad sin escapes ni privilegios. No necesitábamos golpearlo físicamente. La verdad, cuando se revela sin anestesia ni maquillaje, es el método de tortura más efectivo que existe. Porque no hay peor infierno que mirarte en el espejo y no reconocer al monstruo que te devuelve la mirada.

Esa noche lo oí llorar desde afuera.

No gritó pidiendo auxilio. No insultó amenazando venganza. No imploró misericordia. Lloró bajito, contenido, como si todavía quisiera mantener el decoro político que ya no le servía de nada. Como si el senador que llevaba dentro se negara a morir públicamente.

Yo fumé un cigarro fuera del cuarto, contemplando el cielo estrellado que él nunca se había molestado en mirar. No había luna esa noche.

El país seguía siendo el mismo de siempre: brutal, injusto, abandonado.

Pero Gómez Hernández ya no sería nunca el mismo.

Y eso, al menos, era un comienzo.

## Capítulo 2

## El país de los otros

Cuando cerramos la puerta del cuarto, el senador Gómez Hernández ya no era el mismo hombre que bajó del helicóptero por la mañana. El traje de lino italiano—regalo de un constructor inmobiliario que después obtuvo el contrato para la Terminal Aérea de Santa Lucía—estaba arrugado, empapado en sudor frío y desesperación. El peinado perfectamente moldeado con gel francés se había deshecho como sus promesas de campaña. El ego, fracturado en pedazos tan pequeños como su dignidad. Y aunque aún no lo sabía, aunque seguía aferrado a la esperanza de que todo fuera un malentendido burocrático, ese era apenas el primer trago del veneno que le íbamos a servir hasta el último sorbo.

La idea no era matarlo. No todavía. Ni extorsionarlo con las técnicas que él mismo había financiado durante su paso por la Comisión de Seguridad, ni pedir rescate como los criminales que sus leyes habían creado. Lo que queríamos era más perverso, más profundo, más devastador para un alma que llevaba décadas sin funcionar: queríamos mostrarle el país que ayudó a destruir sin mover un solo músculo, sin ensuciarse las manos con nada que no fuera tinta de pluma Mont Blanc. El país de los otros. De los que nunca fueron tema de campaña en esas mañaneras interminables, ni dato útil en el informe trimestral que presentaba con PowerPoint y cifras maquilladas. El país donde las madres buscan hijos en la tierra con una pala prestada y una esperanza que se desmorona con cada palada, donde los niños crecen

aprendiendo a correr antes que a leer, y donde los votos valen menos que el kilo de tortilla pero cuestan más que una vida humana.

Nuestro país. El país real. El que no sale en las selfies presidenciales.

Él estaba a punto de conocerlo en persona, sin filtros de Instagram ni notas prensa fabricadas en Palacio Nacional.

—Prepárenlo —les dije al par de muchachos que hacían de centinelas, veteranos de la guerra que nunca declararon pero que llevábamos peleando desde que MORENA descubrió que gobernar era más rentable que hacer oposición—. Nos lo llevamos de tour. Un recorrido por el México que construyó con su bendita Cuarta Transformación.

Amanecía con esa luz sucia de los días que traen malas noticias. Una neblina gris cubría la sierra como si el cielo no quisiera ver lo que iba a pasar, como si hasta las nubes tuvieran más vergüenza que los morenos que prometían ser distintos y resultaron peores que todos los anteriores. El aire olía a pólvora vieja y a promesas podridas.

Lo sacamos del cuarto después de ofrecerle un pan duro y agua tibia. No se quejó. Ya había entendido que acá no se pedía el menú del restaurante del Senado, que no había meseros uniformados sirviendo café de Veracruz en tazas de porcelana mientras él decidía el destino de millones con la misma naturalidad con que elegía entre jugo de naranja o de toronja. Lo subimos a la parte trasera de la camioneta pick-up, robada de un convoy militar la semana pasada. Iba esposado con grilletes del mismo lote que él había aprobado en el presupuesto de "fortalecimiento institucional", cubierto con una cobija militar descolorida. Parecía un rehén de su propio destino, un prisionero de las decisiones que tomó sin pensar en las consecuencias.

Durante el trayecto serpenteante por caminos de terracería que el gobierno federal había prometido pavimentar desde el sexenio de Fox, ninguno de nosotros habló mucho. Yo iba en el asiento del copiloto, escuchando noticias por la radio AM. Una explosión en un centro comercial de Jalisco, cinco jóvenes ejecutados en un bar familiar en Morelia, una fosa clandestina con diecisiete cuerpos en Guerrero, tres periodistas amenazados de muerte en Tamaulipas. El país seguía su curso habitual: desangrándose con eficiencia alemana y frialdad suiza. Las cifras se repetían como letanía diabólica en la voz del locutor, que las leía con la misma emoción con que se lee el pronóstico del clima.

Gómez Hernández levantó la cabeza apenas, como si tratara de entender si aquello que escuchaba era real o si formaba parte de una pesadilla burocrática de la que iba a despertar en su oficina del Senado, con vista al monumento a la madre y café recién hecho por su asistente personal. Nadie le dirigió la palabra. Le dejábamos espacio para pensar, para que el miedo madurara como vino de mesa, para que la realidad se le fuera metiendo por los poros como humedad de temporal.

—¿A dónde vamos? —preguntó por fin, con esa voz que quería sonar autoritaria pero que se quebraba como vidrio barato.

No le contestamos. El silencio era parte del proceso educativo.

—Miren... Si esto es político, podemos hablar —insistió, recuperando por un momento el tono de negociador nato que había perfeccionado en décadas de transas legislativas—. Yo puedo hacer algo. Puedo mover cosas. Aún tengo influencia. Conozco al secretario particular del presidente. Fuimos juntos a la universidad. Podemos llegar a un acuerdo que beneficie a todos.

Eso era lo más jodido de estos tipos que llegaron con el discurso de la honestidad valiente y el pueblo bueno y sabio. Aunque estuvieran esposados y cagándose del miedo como cualquier mortal, aunque sudaran como cerdos en rastro, todavía creían que podían mover cosas, que el mundo obedecía a sus órdenes como los lambiscones del Congreso, incluso cuando iban en una camioneta sin placas rumbo a la nada, escoltados por hombres armados que ya no les tenían el menor respeto. Seguían pensando que todo se arreglaba con una llamada telefónica, con un favor político, con esa red de complicidades que habían tejido durante años de capitalismo de cuates disfrazado de izquierda moral.

—Puedo conseguir presupuesto para sus comunidades —siguió insistiendo, desesperado—. Puedo hablar con el secretario de Bienestar. Hay programas nuevos. Becas. Pensiones. Todo se puede arreglar.

Nos detuvimos cerca del primer punto de la ruta educativa que habíamos diseñado especialmente para él.

Un pueblo fantasma. Literal. No metáfora política, no exageración periodística: un pueblo muerto por decreto presidencial. Casas de adobe quemadas por dentro, ventanas sin vidrio que parecían cuencas vacías, letreros de "se vende" escritos con carbón por familias que huyeron con lo puesto. El kínder municipal, otrora orgullo de la administración local, convertido en cuartel improvisado por un grupo criminal rival al que tenía la concesión oficial de la zona. La iglesia del pueblo, construida por los bisabuelos de los desplazados, tapiada con bloques de cemento y graffiti amenazante. El panteón, con más tumbas frescas que flores, más cruces nuevas que visitantes vivos.

Y en medio de la plaza principal, donde antes se ponía el tianguis dominical y los niños jugaban fútbol, una mujer sentada sola en una silla de plástico rota. Vestía bata de casa descolorida, le faltaban la mayoría de los dientes, y miraba el polvo levantarse con cada ráfaga de viento como quien contempla el final del mundo sin sorpresa.

—Bájalo —ordené.

Lo sacamos de la camioneta sin violencia innecesaria. No hacía falta el teatro. Solo lo hicimos caminar despacio por la plaza fantasma, pisando escombros de lo que antes fueron vidas normales. Nadie lo golpeó. Nadie lo insultó. No hacía falta gritos ni amenazas. Lo que había que mostrarle hablaba por sí solo con elocuencia devastadora, con esa verdad que no necesita adornos retóricos ni discursos inflamados.

—¿Dónde estamos? —susurró, mirando alrededor como turista perdido en su propio país.

—Donde mandaste a los soldados, hace tres años —le dije, encendiendo un cigarro—. ¿Te acuerdas del Operativo Centinela? Dijiste en rueda de prensa que había que "limpiar la zona de elementos criminales" y que iban a "devolver la paz a las familias trabajadoras".

No respondió. Miraba todo como si no fuera real, como si lo que veía no pudiera estar sucediendo en el país que él representaba con tanta pompa en el Senado, en esos debates televisados donde hablaba de desarrollo sustentable y bienestar social mientras se tomaba fotos con niños de primaria para sus redes sociales.

Nos acercamos a la mujer solitaria. Ella nos vio llegar sin inmutarse, como quien ya no espera nada bueno de los extraños armados.

—¿Lo reconoce, señora? —le pregunté, señalando al senador.

La mujer lo miró con ojos vacíos, cansados de ver y no entender. Como quien mira a un cuadro abstracto en un museo al que nunca pidió ir.

—¿Ese fue el que nos mandó la muerte? —preguntó con voz ronca, como si hiciera años que no hablaba con nadie.

Silencio sepulcral. Sólo el viento moviendo las láminas sueltas de los techos destruidos.

—Sí, señora —le dije—. Éste firmó el operativo. Le dijeron que aquí había narcos armados hasta los dientes. Pero no había más que campesinos sembrando maíz y frijol. Su firma autorizó la entrada del ejército. Su firma se convirtió en fuego cruzado. En sangre inocente. En fosas comunes.

Gómez Hernández bajó la vista, pero no por vergüenza o arrepentimiento. Era ese tipo de miedo visceral que se siente cuando todo el discurso se te vuelve espuma en la garganta, cuando las palabras bonitas se evaporan y queda sólo la realidad desnuda, cruda, sin maquillaje de comunicación social.

Nos fuimos sin más ceremonia. La señora ni siquiera se levantó de su silla. Ya no esperaba justicia del gobierno de la Cuarta Transformación. Solo conservaba la costumbre de respirar.

La segunda parada fue en una brecha olvidada, a las afueras de una comunidad desplazada por la violencia que su política de "abrazos, no balazos" había multiplicado exponencialmente. Una zanja ancha, mal tapada, con tres cruces de madera chueca al borde. La tierra removida recientemente, aún blanda. Ocho cuerpos habían aparecido ahí: dos niños, tres mujeres, una pareja de ancianos y un joven que había estudiado para maestro rural.

—Aquí encontraron esto hace dos meses —le dije, pateando la tierra suelta —. Justo cuando tú andabas en Acapulco diciendo que "la estrategia de pacificación estaba funcionando mejor que nunca" y que "las cifras de violencia eran fake news de los conservadores".

El senador se arrodilló, pero no por respeto a los muertos. Por debilidad física, por náusea existencial. Vomitó el pan seco que había desayunado, mezclándolo con bilis amarga y lágrimas involuntarias.

Yo lo dejé. Era parte del proceso digestivo de la verdad.

La tercera parada fue en lo que había sido un centro comunitario, destruido por el narco después de que el gobierno federal cortara los programas de desarrollo social "por falta de transparencia en el manejo de recursos". Una maestra había seguido dando clases en el lugar, con sus propios recursos, hasta que la ejecutaron por "colaborar con elementos desestabilizadores".

Su retrato seguía colgado en la pared agrietada, rodeado de dibujos infantiles que se descolorían con la humedad. Una de las niñas, ahora adolescente prematuramente envejecida, nos contó lo que pasó. Con voz firme pero sin rencor, como quien ha aprendido a convivir con la injusticia.

—Vinieron de noche y dijeron que la maestra era traidora —narró la chica—. Pero ella sólo nos enseñaba a leer, a sumar, a escribir nuestros nombres. Nos prestaba sus libros. Por eso la mataron. Porque les daba miedo que supiéramos pensar.

Gómez Hernández, arrinconado al fondo del salón destruido, escuchaba con los ojos rojos e hinchados. Apretaba las manos como si esperara que del cielo cayera una disculpa divina, una absolución presidencial, un perdón que borrara su participación en esa cadena de decisiones que había terminado en sangre.

Pero no cayó nada del cielo. Solo polvo y silencio.

De regreso al escondite, durante el trayecto por carreteras que prometieron reparar y nunca repararon, el senador ya no hablaba. No pedía clemencia, no prometía reformas, no ofrecía sobornos. Solo miraba el suelo de la camioneta, encogido sobre sí mismo como animal herido. Como quien está cayendo en una realidad más grande y más brutal de lo que su mundo de moquetas rojas, refrigerios del Senado y aplausos ensayados le había enseñado jamás.

Le di un cigarro sin filtro. Lo aceptó con manos temblorosas.

—¿Sabes lo que hiciste? —le pregunté, sin crueldad, casi con curiosidad científica.

No respondió. Fumaba como quien se está despidiendo de sí mismo.

—No te estamos matando, Gómez Hernández. No todavía. Te estamos educando. Te estamos enseñando el país que ayudaste a construir con tu indiferencia, con tu cinismo, con tu ambición disfrazada de ideología. Porque tu castigo no va a ser la muerte. Eso sería demasiado fácil, demasiado rápido. Tu castigo va a ser vivir el resto de tus días sabiendo que todo esto —señalé hacia atrás, hacia los pueblos fantasma que dejábamos en el camino— pasó gracias a tu firma, a tu silencio, a tu complicidad.

Se le cayeron las lágrimas. Pero no por empatía hacia las víctimas, ni por redención espiritual. Lloraba por él mismo, por su pellejo, por saber que la máscara de honestidad valiente se le había caído para siempre y debajo no había nada más que un político común y corriente, hambriento de poder y ciego de ambición.

Llegamos de nuevo al escondite cuando empezaba a oscurecer. Lo dejamos en la misma silla de metal. Esta vez no lo esposamos. Ya no hacía falta. Ya estaba amarrado por dentro, encadenado a la verdad que había visto.

Antes de irme, le dejé un sobre manila sobre la mesa de concreto. Dentro: las fotos de las fosas comunes, copias fotostáticas de los documentos con su firma, testimonios grabados de sobrevivientes, recortes de periódicos con las cifras reales de muertos y desaparecidos. Todo lo que había negado durante años con discursos inflamados y fuegos artificiales mediáticos.

—Tienes tres días para leer esto —le dije—. Después vendrá alguien a hacerte preguntas muy específicas. Si mientes, si tergiversas, si tratas de justificarte con retórica política, entonces sabrás lo que es el otro castigo. El que no incluye educación ni segundas oportunidades.

Se quedó solo. Otra vez. Bajo la misma lámpara fluorescente, pero con los ojos un poco más abiertos y el alma definitivamente más pequeña.

Y yo salí fumando en la oscuridad, pensando en lo jodidamente cínico que es este país donde los salvadores se vuelven verdugos sin siquiera darse cuenta.

Y en lo jodido que estaba él... por fin.

## Capítulo 3

## El cuarto sin nombre

Él lo llamaba "la celda". Nosotros nunca le dimos nombre. Los cuartos que sirven para desnudar almas no necesitan etiquetas bonitas ni placas conmemorativas. Era un espacio de tres por tres metros, construido con el concreto más barato que se consigue en cualquier tlapalería del país: el mismo que MORENA usó para todas sus obras de "infraestructura social" que se cuartearon antes del primer aguacero. Una caja sin ventanas, sin reloj, sin historia personal... pero con memoria colectiva. Memoria de todos los que pasaron por ahí a enfrentarse consigo mismos. Ahí dentro el tiempo no pasaba: fermentaba como pulque olvidado, se volvía denso, pegajoso, imposible de tragar.

Después del "tour educativo" por su país destruido, el senador Adán Tiberio Gómez Hernández regresó convertido en otra persona. O mejor dicho: regresó siendo por primera vez la persona que realmente era, sin el disfraz de la investidura, sin el maquillaje de la retórica de izquierda, sin el filtro de Instagram que había usado durante años para ocultar su verdadera naturaleza. Caminaba más lento, no por dolor físico—nunca lo tocamos con violencia—sino porque su dignidad ahora le pesaba más que las esposas. Le pesaba cada mentira que había dicho en tribuna, cada promesa que hizo sabiendo que no la cumpliría, cada vez que usó la palabra "pueblo" como si realmente le importara el pueblo y no sólo los votos del pueblo.

Los trajes italianos ya no le quedaban. No porque hubiera perdido peso—aunque sí se veía más flaco, más consumido—sino porque ya no era el mismo hombre que se los ponía cada mañana frente al espejo de su

mansión en Las Lomas. Ahora usaba un pantalón de mezclilla desteñido que le prestó uno de los muchachos y una camisa de cuadros que olía a gasolina y a realidad mexicana. Se había convertido en lo que más temía cualquier político de su calibre: un don nadie sin acceso preferente a los micrófonos, sin asistente personal que le filtrara las malas noticias, sin chofer que lo protegiera del país real.

Lo dejamos solo durante tres días completos. Setenta y dos horas sin voz humana, sin noticiarios de televisión que adularan su "liderazgo visionario", sin columnistas pagados que justificaran sus tropelías con eufemismos académicos. Solo él, un foco fluorescente encendido las veinticuatro horas —el mismo tipo de foco barato que iluminaba las escuelas rurales que habían perdido presupuesto por sus recortes—y una carpeta de cartón manila sobre la mesa metálica.

La carpeta era nuestro programa educativo. Dentro: copias fotostáticas de documentos oficiales firmados de su puño y letra, recortes de periódicos con cifras reales de muertos y desaparecidos—no las cifras maquilladas que presentaba en sus informes trimestrales—, cartas escritas a mano por madres que buscaban a sus hijos, fotografías de fosas comunes descubiertas en territorios donde él había prometido "paz y desarrollo", transcripciones completas de llamadas telefónicas de auxilio que llegaron a su oficina y que su secretario particular archivó sin respuesta. No había tortura física, no hacía falta. La verdad, cuando se presenta sin edición ni maquillaje de comunicación social, es más devastadora que cualquier método de los que enseñan en la Escuela de las Américas.

Era pura realidad documental. Fría. Irrefutable. Encadenada a su firma.

Durante esas setenta y dos horas, lo escuchamos hablar solo. Por los micrófonos ocultos que habíamos instalado—los mismos que él había autorizado comprar por millones para "operativos de inteligencia" que terminaron espiando periodistas y activistas—llegaba su voz quebrada, murmurando nombres que había olvidado, fechas que nunca quiso recordar, cifras que había negado públicamente. A veces reía con risa seca, amarga, como si se burlara de sí mismo y de la ingenuidad de haber creído que podía mantener la farsa para siempre. Otras veces murmuraba con voz de confesor sin iglesia, como sacerdote en retiro espiritual involuntario.

No comía mucho. Apenas tocaba el pan duro y el agua que le dejábamos tres veces al día—la misma comida que recibían los internos de los centros de rehabilitación que habían perdido presupuesto por sus "ajustes fiscales responsables". Fumaba los cigarros sin filtro que le dejábamos como única concesión misericordiosa, pero los fumaba lento, como si cada fumada fuera un acto de reflexión dolorosa. Nunca pidió nada más. No exigió televisión, no suplicó por noticias del exterior, no lloró pidiendo libertad. Lo único que parecía necesitar desesperadamente era entender. Y eso, créeme, duele más que cualquier golpe.

Entender que había sido cómplice de la desgracia nacional. Entender que su indiferencia calculada había costado vidas reales. Entender que todos esos discursos inflamados sobre la "transformación del país" habían sido

puro teatro para ocultar la misma corrupción de siempre, pero ahora disfrazada con retórica de izquierda moral y sombrero de palma.

La mañana del cuarto día entré yo. Llevaba café en una taza de peltre—no de porcelana como las que usaba en el Senado—y un paquete de cigarros nuevos. Él estaba sentado en la misma posición que lo había dejado la noche anterior: espalda encorvada, brazos sobre la mesa, mirando las fotografías de las fosas comunes como quien contempla un cuadro abstracto que no logra descifrar. Tenía la barba crecida de varios días, los ojos hundidos en ojeras violáceas, y esa expresión devastada de quien ha dormido mal incluso dentro de sus pesadillas.

—Buenos días, senador —le dije, poniendo el café sobre la mesa.

—Ya no soy senador —respondió sin levantar la cabeza, sin apartar los ojos de una fotografía donde se veían huesos pequeños, de niño.

—¿Ah, no? ¿Renunciaste oficialmente?

—Hace días... creo. Al menos por dentro. Por fuera sigo siendo el mismo cabrón que firmó esto —señaló los documentos con desprecio hacia sí mismo.

—No ha salido en el Diario Oficial de la Federación —le sonreí—. Pero tomaré nota de tu renuncia moral.

Me senté frente a él, del otro lado de la mesa de metal corrugado. Saqué una grabadora digital pequeña—de esas que se consiguen en el mercado de Tepito por doscientos pesos—y la coloqué entre nosotros, solo por efecto psicológico. No estaba conectada a nada, pero él no lo sabía. Era importante que sintiera que sus palabras iban a quedar registradas para la posteridad, que ya no podría retractarse después con alguna declaración acomodaticia en rueda de prensa.

—¿Ya leíste todo el archivo?

Asintió lentamente, como quien confirma su propia sentencia de muerte.

—¿Y qué opinas?

—Me equivoqué —dijo, no con humildad cristiana, sino con la resignación amarga de quien se descubre a sí mismo por primera vez—. Pensé que... pensé que exageraban. Que mentían. Que todo era una campaña mediática orquestada por mis enemigos políticos.

—¿Quiénes exageraban?

—Todos. Los periodistas independientes, los activistas de derechos humanos, las madres que marchaban cada jueves pidiendo justicia, los que protestaban afuera del Palacio Nacional. Siempre pensé que era ruido político fabricado, maniobras de desestabilización, oportunismo electoral de la derecha conservadora. Eso me decían mis asesores. Eso repetía yo en las entrevistas. Fake news, les llamaba.

Bebió un sorbo del café frío. Le temblaron ligeramente las manos al sostener la taza.

—¿Y ahora qué piensas?

Silencio denso. El tipo de silencio que se forma cuando las mentiras finalmente se evaporan y solo queda la verdad desnuda, cruda, inapelable.

—Ahora veo que el ruido no era fabricado —murmuró con voz casi inaudible —. Que venía de abajo, de lo más profundo. Que era... que eran gritos reales. Gritos de dolor. Y yo los interpreté como ruido molesto que había que acallar.

Le ofrecí un cigarro de la cajetilla nueva. Lo aceptó sin ceremonia, sin agradecimientos. Fumaba como quien no sabe si quiere calmarse los nervios o castigarse los pulmones. Como quien ha perdido la capacidad de distinguir entre alivio y autopunición.

—¿Sabes lo que es una decisión administrativa, Gómez Hernández? —le pregunté, encendiendo mi propio cigarro—. Te lo pregunto porque firmaste algunas muy interesantes durante tu brillante gestión legislativa. "Disminución presupuestal por redistribución federal estratégica". "Reubicación de fuerza pública por nueva estrategia de contención territorial". "Suspensión temporal de apoyos gubernamentales a organizaciones civiles sin registro actualizado ante la Secretaría de Hacienda". ¿Te suenan familiares esos eufemismos burocráticos?

Se encogió en su silla como animal herido.

—No las leía todas completamente. Me las pasaban mis asesores... Ya revisadas, con resumen ejecutivo. Yo solo... firmaba.

—Claro. Como todos. Firmabas sin leer. Delegabas sin supervisar. Decidías sin consultar. Muy eficiente el sistema, ¿verdad?

Tomé un trago largo del café, ya completamente frío.

—Una de esas firmas tan eficientes costó la vida de una familia entera en Michoacán. Padre, madre, tres hijos menores. Los encontraron dos meses después, boca abajo en un maizal. Otra de tus decisiones administrativas dejó sin albergue gubernamental a más de tres mil desplazados de la violencia en Guerrero. Tuvieron que dormir a la intemperie durante todo el invierno. Una más condenó directamente a muerte a una periodista que tú acusaste públicamente de "crear inestabilidad social con sus publicaciones irresponsables y malintencionadas".

—No la acusé directamente —murmuró, aferrándose a ese matiz legal como náufrago a tabla podrida.

—Ah, qué gran alivio para los huérfanos. Seguro su tumba agradece profundamente el matiz semántico.

Se quedó completamente callado. Ya no era solo miedo lo que se reflejaba en su rostro demacrado. Era una especie de comprensión amarga, devastadora. El peor tipo de arrepentimiento que existe: el que llega cuando ya no hay tiempo de reparar el daño, cuando ya no quedan vivos a quienes pedirles perdón.

A las cuatro de la tarde regresé con un reproductor de audio portátil. Era una entrevista grabada clandestinamente con un joven de diecisiete años que había logrado escapar de una red de trata de personas que operaba en

la frontera norte. Contaba con voz quebrada cómo lo habían vendido tres veces como mercancía, cómo había escapado la tercera vez saltando de una camioneta en movimiento, cómo había pedido ayuda desesperada a una fiscalía estatal que lo regresó directamente con sus captores por "falta de evidencias suficientes para proceder legalmente".

El muchacho mencionaba, sin saberlo siquiera, el nombre específico de una ley que Gómez Hernández había impulsado personalmente en el Senado para "agilizar y hacer eficientes los procesos judiciales en casos de delitos considerados menores".

—Delitos menores —repetí lentamente mientras el audio siguió reproduciéndose—. Dime, Gómez Hernández, ¿qué tan menor puede ser vender a un niño como si fuera ganado?

El ex senador miraba fijamente el suelo de concreto agrietado. No lloraba. Ya no le quedaban lágrimas para gastarse en autocompasión. No hablaba porque ya no tenía justificaciones que ofrecer. Solo tragaba saliva con dificultad, como quien se quiere tragar a sí mismo para desaparecer de la realidad que había ayudado a crear.

A la medianoche regresé una vez más, ahora con una cerveza Corona tibia. Se la puse sobre la mesa, junto a los documentos que había estado releyendo obsesivamente durante horas. La miró como si fuera un insulto personal.

—Tómala —le dije—. No es un soborno ni un premio de consolación. Es porque esta noche vas a necesitar dormir de verdad, y sin alcohol en la sangre no hay manera de que puedas hacerlo.

—¿Por qué hacen esto? —preguntó con voz ronca—. ¿Por qué me muestran todo? ¿Por qué me humillan así?

—No es humillación, Gómez Hernández —le dije, apoyando los codos sobre la mesa fría—. Es educación. Tardía, sí. Dolorosa, también. Pero educación al fin. Educación cívica para un político que nunca entendió lo que significaba servir al pueblo.

Se atrevió a mirarme directamente por primera vez en días.

—¿Y tú quién carajo eres para darme lecciones de moral?

Me reí con ganas.

—¿Yo? Nadie importante. Ex militar dado de baja por inconformidad ideológica. Ex servidor público despedido por negarse a participar en licitaciones amañadas. Ex ciudadano de bien que se cansó de votar esperando cambios que nunca llegaron. Ex todo, como la mayoría en este país. Pero tengo dos cosas que tú perdiste hace mucho tiempo: memoria y rabia. Y eso, curiosamente, me hace más humano que todos los que se creen invulnerables desde sus oficinas climatizadas del poder.

Bebió un trago largo de la cerveza, como si fuera medicina amarga.

—¿Qué sigue ahora? ¿Me van a matar?

—Sigue que escribas. Lo que quieras. Lo que entiendas. Lo que no logres entender todavía. Tu propia versión de los hechos. Tu testimonio final.

—¿Para quién? ¿Para qué?

—Para ti mismo, si logras sobrevivir psicológicamente a todo esto. O para el archivo histórico, si no lo logras. No hay monumentos públicos para los que hacemos justicia desde las sombras, Gómez Hernández. Pero los archivos... ésos nunca mienten. Ésos sobreviven a todos los sexenios y a todas las narrativas oficiales.

Lo dejé solo nuevamente. Esa noche volvió a escribir como poseído, llenando páginas enteras con letra pequeña y apretada. Renglones cruzados por las correcciones. Nombres olvidados. Dudas existenciales. Insultos dirigidos a sí mismo. Tal vez confesiones reales. No leí nada todavía. No era el momento apropiado. Primero tenía que terminar de vaciarse completamente.

Desde la cámara de seguridad lo observé hasta altas horas de la madrugada: escribiendo, borrando, reescribiendo, fumando, bebiendo agua tibia, mirando las fotografías como si fueran espejos donde finalmente se podía ver tal como era.

Al final de la noche lo encontré dormido sobre la mesa de metal, con la boca abierta y las manos sueltas. Soñando seguramente con los escombros de lo que había sido, con los fantasmas de los que murieron por su negligencia, con el país que ayudó a destruir sin darse cuenta.

El cuarto sin nombre ya se había apoderado de él completamente.

Y lo más duro aún estaba por venir.

## Capítulo 4

## Voces de los que no están

Aquella mañana no hubo golpes. Ni amenazas. Ni gritos desgarradores. Sólo sillas. Muchas sillas. Diecisiete exactamente, colocadas frente a él en semicírculo perfecto, como si estuviéramos a punto de iniciar un tribunal popular o uno de esos rituales de justicia ancestral que MORENA tanto mencionaba en sus discursos dominicales pero que jamás había practicado en la vida real. No había nadie sentado en ellas, por supuesto. Sólo el senador Adán Tiberio Gómez Hernández, acomodado en el centro del cuarto grande que usábamos para sesiones "educativas intensivas", mirando esas sillas vacías como si fueran diecisiete jueces mudos esperando su veredicto final.

El cuarto era distinto al anterior. Más amplio, con paredes de concreto pintadas de blanco hospital—el mismo blanco barato que usaron para todas las clínicas del INSABI que se cayeron a pedazos antes del primer temblor. Una mesa de metal plegable estaba ubicada frente a él, como mesa de trabajo o escritorio de confesión. Sobre ella: una libreta de espiral con páginas rayadas, un bolígrafo negro Bic de los que compran por cajas en cualquier papelería—no las plumas Mont Blanc con las que firmaba en el

Senado—, y una pequeña bandera nacional en miniatura, de esas que adornan los escritorios de todos los políticos que aman la patria en teoría pero la traicionan en la práctica diaria.

A un costado del semicírculo de sillas, un reproductor de audio con bocinas bien calibradas esperaba como verdugo silencioso. Los detalles importan cuando se trata de romper psicológicamente a un hombre que lleva décadas creyéndose intocable. Y nosotros habíamos perfeccionado el arte de los detalles devastadores.

—Bienvenido a la audiencia pública que nunca tuviste el valor de convocar —le dije, mientras tomaba mi lugar estratégico detrás del vidrio polarizado que nos separaba, desde donde podía observar cada gesto, cada mueca de dolor, cada momento en que su máscara de político honesto se desmoronara un poco más—. No hace falta que hables. Sólo escucha. A veces oír duele más que hablar. Y tú ya hablaste bastante durante todos estos años. Ahora les toca a ellos.

Presioné el botón del reproductor. El primer testimonio brotó de las bocinas con claridad quirúrgica: una mujer, voz quebrada por años de llorar sin respuestas. Olga García Estrada, 52 años, madre de un desaparecido en Apatzingán, Michoacán. La grabación era sólo audio. Nada de videos lacrimógenos ni rostros suplicantes. No queríamos distracciones sentimentales ni lágrimas fotogénicas para las redes sociales. La verdad sin rostro lastima más profundo que cualquier imagen, penetra directo al alma sin el filtro de la compasión superficial.

*"Mi hijo Miguel desapareció el 4 de marzo de 2020. Era viernes. Iba rumbo a su trabajo en la construcción, como todos los días desde que cumplió los dieciocho. Era albañil, señor senador. Un muchacho trabajador, de esos que se levantan a las cinco de la mañana y regresan con las manos llenas de cal y los zapatos sucios de honradez. Tenía 21 años cuando se lo tragó la tierra. Nunca tuvo antecedentes penales, ni problemas con nadie, ni deudas con los malos. Su único crimen fue nacer pobre en un país donde ser pobre es delito no escrito."*

Gómez Hernández no parpadeó, pero vi cómo sus manos se tensaron sobre la mesa metálica. Apretó el bolígrafo Bic hasta que sus nudillos se pusieron blancos. La punta del bolígrafo se clavó contra la libreta rayada, pero no escribió nada. Todavía no. Era demasiado temprano en su proceso de descomposición moral para que pudiera articular palabras.

*"Lo subieron a una camioneta negra con placas cubiertas, de esas que ustedes los políticos conocen muy bien porque las usan para sus operativos secretos. Tres hombres armados. Fuimos inmediatamente a la fiscalía, como ciudadanos cumplidos que confiamos en las instituciones. Nos dijeron que esperáramos 72 horas, que era procedimiento normal. Luego que no podían investigar sin pruebas suficientes. Después que seguramente 'andaba en malos pasos', como si conocieran a mi Miguel mejor que yo, que lo parí y lo crie y lo vi crecer. Hasta que un día, simplemente, nos dejaron de contestar el teléfono. Como si nunca hubiéramos existido. Como si Miguel nunca hubiera existido."*

El audio siguió con esa precisión demoledora que sólo tienen las madres cuando hablan de sus muertos:

*"¿Sabe qué se siente oler la camiseta de su hijo porque ya no tiene otra cosa de él, señor senador? ¿Sabe lo que es dormir abrazada a una prenda sucia que ya perdió su olor pero que es lo único que le queda de 21 años de vida? ¿Sabe lo que es despertar cada mañana esperando que todo haya sido una pesadilla y luego recordar que su hijo sigue desaparecido mientras usted desayuna tamales de chipilín y jugo de naranja recién exprimido en Palacio Nacional?"*

Hice una pausa estratégica. Dejé que el silencio se espesara en el cuarto como niebla tóxica. El senador miraba fijamente las sillas vacías, como si esperara que de pronto aparecieran los fantasmas de todos los desaparecidos a reclamarle cuentas personalmente. Su respiración se había vuelto más entrecortada. Comenzaba a sudar aunque el cuarto estaba frío.

Activé el siguiente audio sin previo aviso. Eugenio Ruiz, paramédico voluntario en Tamaulipas, voz ronca de tanto gritar pidiendo justicia en el desierto.

*"Me tocó llegar a San Fernando en 2019, cuando encontraron las fosas. Era el primero en ver los cuerpos, señor senador. El primero en meter las manos en la tierra para sacar huesos de inocentes. Las fosas comunes cuyo gobierno prefirió llamar 'hallazgos fortuitos' en los boletines de prensa. Vi cosas que ni en las películas de guerra más brutales, cosas que no se pueden borrar de la memoria ni con terapia psicológica ni con alcohol ni con pastillas para dormir."*

El testimonio continuó con una precisión técnica que hacía más dolorosa la narración:

*"Las autoridades sólo nos dejaron sacar los restos. Nunca investigaron quién los mató, por qué los mataron, cuándo los mataron. Nadie subió eso a un informe oficial. Nadie firmó una orden de investigación seria. ¿Sabe cuántos cuerpos encontré con los ojos vendados y las manos atadas con alambre de púas? ¿Sabe cuántas veces firmó usted recortes al presupuesto forense mientras nosotros lavábamos huesos humanos con manguera de jardín? ¿O eso no le llegó nunca en su folder ejecutivo de resúmenes diarios?"*

El senador cerró los ojos con fuerza, como si tratara de expulsar las imágenes que se formaban en su cabeza. Respiró por la boca, entrecortadamente. No lloraba aún—los políticos de su calibre tardan mucho en quebrar la coraza de cinismo que han construido durante décadas—pero su cuerpo empezaba a resentir físicamente lo que su conciencia, durante años, había disuelto en discursos brillantes y eufemismos burocráticos.

Apagué el reproductor para crear otro silencio estratégico. Era importante dosificar el sufrimiento psicológico, como médico que administra quimioterapia: lo suficiente para destruir el cáncer, no tanto como para matar al paciente antes de que aprenda la lección.

Me acerqué y le puse enfrente una hoja impresa. Era una lista simple, casi minimalista en su horror. Nombres completos. Edad. Fecha de desaparición. Municipio donde fue visto por última vez. Una tabla en letra Arial 11, fría como autopsia, quirúrgica como bisturí. Cuatrocientos treinta y siete nombres. Cuatrocientos treinta y siete vidas que se evaporaron durante su gestión legislativa.

—¿Cuántos nombres necesita un país para que usted pronuncie la palabra "masacre", senador? —le pregunté con esa calma que sólo da la certeza absoluta de tener la razón—. ¿Quinientos? ¿Mil? ¿O tal vez necesita que sean familiares suyos para que las cifras se conviertan en personas?

No contestó. Sus labios se movían ligeramente, como si estuviera rezando o maldiciendo en silencio. Tampoco escribió nada en la libreta. Solo acarició el borde de la hoja impresa con la uña del dedo índice, como si intentara borrar físicamente lo que estaba leyendo, como si creyera que podía hacer desaparecer la realidad con el mismo método que había usado para hacerla desaparecer de su conciencia durante años.

Durante su brillante carrera política, él había sido la cara sonriente y presentable de los discursos de unidad nacional. Le encantaba usar palabras como "tejido social", "colaboración interinstitucional", "mando coordinado", "estrategia integral de pacificación". Como si los crímenes se detuvieran ante los tecnicismos legales. Como si la muerte respetara los organigramas gubernamentales. Pero en ese cuarto desnudo, sus palabras favoritas no le servían de escudo protector contra la realidad que había ayudado a crear.

Activé un nuevo audio sin anunciarlo. Esta vez la voz era de un niño. Rodrigo, 12 años, voz temblorosa grabada durante una entrevista en un programa de protección a testigos. Su testimonio había sido clasificado como "sensible" por la Fiscalía General de la República, lo que en lenguaje burocrático significa: demasiado incómodo para hacerlo público.

*"Nos sacaron de la casa a las tres de la madrugada. Nos hicieron hincarnos en el patio, en la tierra. A mi hermana Lupita le taparon la boca con cinta gris y se la llevaron arrastrando. Yo me quedé con mi mamá, temblando. A mi papá ya lo habían matado una hora antes, en la sala, mientras veía las noticias en la televisión. Me acuerdo que mi mamá me decía en voz muy bajita que no hiciéramos ruido, que nos hiciéramos los dormidos, pero ya era de día y había mucha sangre en todas partes..."*

La voz del niño se cortó abruptamente. En la grabación se oía un balbuceo incomprensible, luego sollozos contenidos. Después, un silencio largo, pesado, lleno de trauma. Se escuchaba a una trabajadora social diciéndole con voz profesionalmente calmada que ya estaba a salvo, que nadie le iba a hacer daño. El niño no respondía. Solo respiraba entrecortadamente, como animal herido.

—Rodrigo vive en Ottawa, Canadá, ahora —le informé al senador con la misma naturalidad con que se lee el pronóstico del clima—. Le cambiaron el nombre por Daniel. Habla inglés perfectamente. Va a una escuela privada

para refugiados políticos. Nunca va a saber dónde quedó enterrada su hermana Lupita. Pero usted sí podría saber, senador. O podría haber sabido si no hubiera firmado a ciegas aquel convenio con Seguridad Privada Hermes en septiembre de 2019. ¿Se acuerda de esa empresa, verdad? La que resultó ser fachada de un grupo criminal y que usted personalmente recomendó para "optimizar las operaciones de seguridad en zonas rurales conflictivas".

Por primera vez desde que comenzó la sesión, el senador asintió levemente con la cabeza. Un gesto mínimo, pero definitivo. Era su primera admisión tácita de culpabilidad.

—Firma número 67, septiembre 12 de 2019 —murmuró con voz pastosa, como si estuviera hablando desde el fondo de un pozo—. Lo recuerdo perfectamente. Fue durante la comida oficial con el embajador israelí. Había carne en salsa de nuez. Me cayó mal. Tuve acidez toda la tarde.

Me reí. Me reí a carcajadas. Una risa limpia, liberadora.

—¡Y todavía se pregunta por qué está aquí! ¡Firma la sentencia de muerte de familias enteras y lo que recuerda es que le cayó mal la salsa de nuez! ¿Cree que eso es tener madre?

Su cinismo era tan absoluto, tan perfecto, tan morenista, que daba risa y náusea al mismo tiempo. Era la personificación exacta de todo lo que estaba mal con la Cuarta Transformación: políticos que habían convertido el sufrimiento humano en anécdotas gastronómicas.

Le concedimos un descanso de diez minutos. Protocolo humanitario básico. Le ofrecimos agua tibia y un pedazo de pan dulce rancio—el mismo tipo de pan que comían diariamente las familias de los desaparecidos mientras esperaban noticias que nunca llegaban. Lo tomó sin mirar, mecánicamente. El tipo era disciplinado para sobrevivir. Sabía instintivamente que no podía hacerse el mártir dramático porque eso no le iba a servir de nada en su situación actual. Pero su cuerpo empezaba a traicionarlo físicamente. Había desarrollado un leve tic nervioso en el párpado derecho. El mismo tic que le daba en las entrevistas televisadas cuando algún periodista valiente le preguntaba directamente sobre las denuncias de corrupción. Era su tic inconsciente de evasión. Lo conocíamos perfectamente. Teníamos archivos completos de sus gestos como otros coleccionan estampitas deportivas.

Al regresar de su descanso, activé el siguiente testimonio sin ceremonias. Esta vez habló una mujer policía, voz firme como rifle, sin miedo ni autocompasión. Nombre omitido por razones de seguridad—aún estaba viva y necesitaba seguir estándolo.

*"Nos decían desde la comandancia que ignoráramos ciertas llamadas de auxilio. Que si veíamos camionetas con logos falsos del gobierno federal, no nos metiéramos en problemas innecesarios. Que no patrulláramos de noche por determinadas colonias porque eran 'zona pactada' con grupos criminales. Yo lo denuncié por escrito, con copias y acuse de recibo. Fui removida de mi cargo una semana después. Luego me acusaron formalmente de 'filtración de información sensible' y 'daño a la seguridad*

*nacional'. Perdí mi plaza. Perdí mi pensión. Perdí mi futuro. Hoy vendo quesadillas en un puesto callejero para mantener a mis hijos. Pero mi expediente disciplinario sigue sellado como secreto de Estado. Mi jefe, el que me ordenó callarme, fue ascendido a coordinador estatal. Usted lo felicitó públicamente en Twitter el día de su ascenso. Tiene las fotos en su cuenta oficial."*

Ahí sí lo vi apretar los ojos con fuerza, como si le hubieran clavado un puñal entre las costillas. Esa mujer policía había sido su aliada política. Una oficial condecorada a la que él mismo había mencionado en su informe anual como "ejemplo de honestidad y compromiso social" ante el pleno del Senado. El sistema se había tragado viva a una de sus propias fichas más leales. Y él... él la había digerido sin el menor atragantamiento moral.

—¿Te das cuenta de lo que estás escuchando, Gómez Hernández? —le pregunté, acercándome lo suficiente para que pudiera ver mi cara directamente—. Esto no es venganza política. No es un ajuste de cuentas electoral. Es arqueología forense. Estamos desenterrando tu conciencia sepultada. Estamos excavando en las capas geológicas de tu cinismo para encontrar si queda algo humano debajo de tanto político profesional.

Finalmente habló. Su primera frase completa en toda la sesión:

—¿Y eso qué carajo resuelve? ¿Que me sienta culpable va a resucitar a los muertos?

—Nada —le respondí con honestidad brutal—. No resuelve absolutamente nada práctico. Pero te arranca la máscara de "servidor público" que has usado durante décadas. Te desnuda el alma. Te muestra el monstruo en el que te convertiste sin darte cuenta. Y a veces, eso basta para que alguien más no se convierta en lo mismo.

—¿Qué quieren exactamente de mí? —insistió, con un dejo de desesperación—. ¿Dinero? ¿Información? ¿Contactos? ¿Qué?

Me agaché hasta quedar a la altura de sus ojos. Sus ojos eran ahora dos manchas hundidas en cuencas violáceas. Su barba de varios días, una esponja gris empapada de sudor frío. Su voz, una cuerda de guitarra rota que producía sonidos desafinados.

—Queremos que lo escribas —le dije señalando la libreta rayada—. Todo. Sin omitir nada. Sin maquillarlo con retórica política. Sin justificarte con "razones de Estado" ni "estrategias complejas que el pueblo no entendería". Queremos tu confesión completa. No porque nos sirva de algo personal. Sino porque alguien, en algún lugar, en algún momento, lo va a leer y va a decir: "Aquí empezó el fin de la impunidad en México".

—Eso es una ilusión romántica —dijo, casi con ternura cínica—. Este país no cambia. Los sexenios pasan y todo sigue igual. Nada más cambian los nombres y los colores de los partidos.

—Tienes razón —admití—. Es una ilusión. Como toda revolución genuina. Pero algunas ilusiones duelen lo suficiente como para cambiar algo importante. Aunque sea por un rato. Aunque sea en la conciencia de una persona.

Entonces le puse el último audio de la sesión. El más devastador. Lucía Hernández, enfermera del Hospital General de Reynosa, Tamaulipas. Había sido su votante entusiasta. Una de esas mujeres que creyó genuinamente en su "humanismo legislativo" y en sus promesas de transformar el sistema de salud pública.

*"Cuidé durante tres años a niños quemados por bombas molotov en enfrentamientos callejeros. Atendí partos de emergencia en mitad de balaceras que duraban horas enteras. Vi morir a diabéticos por falta de insulina que el gobierno prometía comprar pero nunca compraba. Vi morir a niños por falta de vacunas que existían en el almacén pero que no llegaban a las clínicas rurales por 'problemas de logística'. Y mientras tanto, señor senador, usted votaba alegremente para aumentar el presupuesto del Ejército y recortar sistemáticamente el presupuesto de salud pública. ¿Cuántos votos más vale mi vida, señor senador? ¿Cuántos parches verdes más necesita su traje de defensor del pueblo para tapar los agujeros de su conciencia muerta?"*

Después de escuchar eso, decidí ser completamente directo. Ya no había tiempo para sutilezas pedagógicas.

—¿Qué siente exactamente al escuchar estas voces, Gómez Hernández? —le pregunté—. ¿Qué pasa por su cabeza cuando oye el dolor directo de la gente a la que juró servir?

Se quedó callado un largo rato. Muy largo. Como si estuviera haciendo un inventario mental de sus emociones y no encontrara nada utilizable. Finalmente, susurró con una honestidad que me sorprendió:

—Nada. No siento nada. Porque durante años me negué sistemáticamente a sentir. Me entrené para no sentir. Era más fácil trabajar así.

—Perfecto —sonreí con una mezcla de ternura genuina y crueldad quirúrgica—. Ahora la emoción te va a atropellar como tráiler sin frenos. Es un lujo psicológico reservado para muy pocos políticos. La mayoría se muere sin experimentarlo jamás.

Esa noche pidió papel extra. Escribió hasta las tres de la madrugada. Diez páginas completas con letra pequeña y apretada. No las leímos todavía. No era el momento apropiado. Primero tenía que terminar de vaciarse completamente, como absceso que se drena solo.

A la mañana siguiente, cuando entró al cuarto para la segunda sesión, se encontró con que todas las sillas del semicírculo estaban ocupadas. No con personas vivas, obviamente. Con fotografías. Una por silla. Rostros impresos en papel fotográfico de alta resolución. Desaparecidos. Ejecutados. Torturados. Inocentes masacrados durante su gestión como legislador de la Cuarta Transformación.

Y colgado en la pared del fondo, un letrero hecho con recortes de periódico, como mensaje de secuestradores:

*"AUDIENCIA SUSPENDIDA POR AUSENCIA PERMANENTE DEL ESTADO MEXICANO"*

No dijo nada al verlo. Sólo se sentó en su silla metálica, frente al tribunal de fotografías, y esperó. Como reo que sabe que ha llegado la hora del veredicto final.

Algunas horas después, le llevé un espejo pequeño, de mano, como los que usan las señoras para retocarse el maquillaje. Lo dejé sobre la mesa metálica, junto a la banderita nacional y la libreta rayada. No dije una sola palabra. No hacía falta explicación.

Él lo tomó con manos temblorosas. Se miró durante varios minutos. Y entonces, finalmente, pronunció la frase que habíamos estado esperando durante días:

—Ya no me reconozco.

—Exacto —le confirmé—. Ahora sí te ves como realmente eres. Ahora sí.

En la esquina del cuarto, una cámara digital grababa todo silenciosamente. No era por seguridad nuestra. Era por memoria histórica. Porque a veces la justicia no llega con sentencias judiciales espectaculares, sino con relatos testimoniales que alguien cuenta y alguien más escucha.

Y éste era uno de esos relatos...Uno que dolía en el alma. Uno que sangraba por dentro. Uno que, por fin, hacía el ruido suficiente como para despertar algunas conciencias. El ruido de la verdad sin maquillaje. El ruido de México desangrándose en silencio...El ruido que MORENA había prometido escuchar... y que después decidió ignorar por completo.

## Capítulo 5

## El silencio de los cómplices

Cuando llevas toda la vida trepando la pirámide del poder, te acostumbras a que nadie te deje en visto. A que un guiño tuyo desate carreras políticas, que un mensaje tuyo se convierta en decreto presidencial, que tu apellido sea pronunciado con la misma reverencia hipócrita que se usa para invocar a Benito Juárez en los discursos dominicales. El senador Adán Tiberio Gómez Hernández había vivido convencido de eso durante décadas. Creía en su propia indispensabilidad como otros creen en la Virgen de Guadalupe: con fe ciega, inquebrantable, alimentada por milagros cotidianos que él mismo interpretaba como señales de su importancia divina en el ecosistema político nacional.

Hasta que cayó. Y cuando cayó, nadie lo sostuvo. Nadie extendió una mano. Nadie siquiera miró hacia abajo para confirmar que se había estrellado.

—Intenta de nuevo con el coordinador de bancada —me dijo aquella noche, mientras masticaba su ansiedad con la mandíbula tensa como cable de acero—. Dile que tengo información… que si no se mueven rápido, esto puede salpicar a todos. Dile que conozco los nombres reales detrás de Seguridad Privada Hermes. Los contratos. Las cuentas. Todo.

Su voz aún tenía ese dejo autoritario de político acostumbrado a dictar órdenes por encima del bien y del mal. Como si el cautiverio fuera apenas

un obstáculo temporal, una negociación particularmente incómoda que se resolvería con la misma facilidad con que había resuelto todos sus problemas anteriores: con una llamada a la persona correcta, en el momento oportuno, con la amenaza precisa.

Yo asentí como el buen carcelero que simula compasión mientras planea la siguiente tortura psicológica. Le tomé el papel arrugado donde había anotado los números telefónicos que recordaba como si fueran versículos bíblicos. Números que había marcado miles de veces desde su oficina climatizada del Senado, números que habían sido sus llaves maestras para abrir cualquier puerta, desbloquear cualquier trámite, silenciar cualquier escándalo. Lo tiré a la letrina cuando él no miraba, junto con los restos de su última comida institucional.

El senador Gómez Hernández todavía no entendía la nueva realidad. Creía fervientemente que lo iban a rescatar. Que su partido —ese aparato gigantesco con siglas sagradas y propaganda de transformación nacional— jamás permitiría que lo dejaran como trapo sucio colgando ante la opinión pública. Que su apellido, pronunciado durante años con esa falsa reverencia que caracteriza a los rituales morenistas, aún conservaba suficiente valor político como para justificar una operación de rescate. Que alguien, en algún nivel de la pirámide, levantaría el teléfono rojo de las emergencias partidistas y ordenaría: "Sáquenlo de ahí. Cuesta lo que cueste."

Pero el teléfono rojo ya estaba desconectado. Desde mucho antes de que lo capturáramos. Desde el momento exacto en que se convirtió en un obstáculo para la narrativa oficial de la Cuarta Transformación. Desde que su nombre comenzó a aparecer en demasiados expedientes incómodos, en demasiadas investigaciones periodísticas, en demasiados testimonios de víctimas que ya no se conformaban con las disculpas rituales y los abrazos presidenciales.

El primer intento de contacto llegó cuando ya tenía varios días de cautiverio. Para entonces, Gómez Hernández ya había pasado por las etapas clásicas del político capturado: negación, ira, negociación interna. Ahora entraba en la fase de la negociación externa, esa en la que los poderosos creen que pueden comprar su libertad con la misma facilidad con que compraron su impunidad durante décadas.

Nos pidió acceso a una llamada telefónica. No como derecho constitucional —esos conceptos ya no tenían relevancia en su situación actual—sino como concesión humanitaria. Como si fuéramos carceleros benévolos dispuestos a facilitar la comunicación entre un preso político y sus aliados estratégicos.

No lo golpeamos. No hacía falta. Le proporcionamos papel bond de la más baja calidad—el mismo que usaba el gobierno para imprimir los programas sociales que jamás llegaban a sus destinatarios—, una pluma Bic desechable, y acceso a una línea telefónica directa. Un número que él mismo dictó con la precisión de quien ha marcado esas cifras miles de veces en situaciones de crisis menores.

—Dile que soy yo. Que esto no es un secuestro convencional, sino una negociación política sofisticada. Que aún puedo proporcionar nombres, rutas de financiamiento, expedientes clasificados… —Su voz le temblaba ligeramente, pero conservaba esa cadencia autoritaria del político acostumbrado a convertir sus debilidades en fortalezas retóricas—. Dile que si me sacan limpio de esta, puedo garantizar silencio absoluto sobre los contratos petroleros. Sobre las cuentas en Andorra. Sobre el verdadero origen de los fondos para la campaña de 2018.

Realizamos la llamada con la solemnidad de un ritual sagrado. Contestó una recepcionista con voz neutra y profesional, entrenada para filtrar llamadas incómodas sin perder la cortesía burocrática que caracteriza a las instituciones morenistas. Puse a Gómez Hernández al auricular. Pronunció su nombre completo, con títulos y cargos, como si fuera un conjuro capaz de desbloquear todas las puertas cerradas.

El silencio fue inmediato y demoledor. Luego, un clic seco que resonó en el cuarto como disparo de gracia. Lo habían colgado sin ceremonia, sin explicaciones, sin la cortesía mínima que se le debe a un compañero de partido que ha guardado silencio durante décadas.

—Se cortó la comunicación —dije, sin burlarme aún. Era importante que él mismo llegara a las conclusiones correctas sobre su nueva situación en el ecosistema político.

Gómez Hernández me miró con expresión de incredulidad genuina. En sus ojos no había furia ni indignación. Había algo mucho más devastador: la incapacidad total de procesar el hecho de que su voz ya no tenía peso específico en las decisiones partidistas. Como si hubiera descubierto que su moneda personal había perdido todo valor de cambio de un día para otro.

Día seis del cautiverio. Intentó establecer contacto con otro aliado estratégico: un viejo senador del norte, compadre de borracheras legislativas y campañas compartidas, compinche de esos pactos nocturnos que se sellan con tequila caro y amnesia selectiva. Le permitimos grabar un mensaje de voz. Tono directo pero medido, con esa urgencia contenida que caracteriza a los políticos cuando necesitan activar redes de protección mutua.

—Sabes perfectamente que si caigo yo, no caigo solo —dijo, mirando directamente a la cámara como si estuviera dirigiéndose al pleno del Senado—. Tengo documentos. Tengo testimonios. Tengo grabaciones que nunca salieron a la luz porque confié en que la lealtad partidista era real. Muévete. Activa los contactos. Esto aún se puede resolver discretamente.

La respuesta llegó tres horas después, como bofetada burocrática perfectamente calculada. Una hoja membretada que nos filtró un empleado de confianza del Senado por treinta mil pesos en efectivo —la misma cantidad que Gómez Hernández gastaba semanalmente en comidas de trabajo:

"El Grupo Parlamentario de MORENA informa que el senador Gómez Hernández actúa a título estrictamente personal en cualquier situación

legal en la que se encuentre involucrado. Sus señalamientos, declaraciones o compromisos deben desvincularse completamente del movimiento de transformación nacional. Reiteramos nuestro compromiso inquebrantable con la legalidad, la transparencia y el Estado de Derecho que caracteriza a la Cuarta Transformación."

Gómez Hernández leyó el comunicado en voz alta, con la lentitud de quien descifra un idioma desconocido. Luego, como si la traición necesitara confirmación a través de todos los sentidos, se acercó el papel al rostro. Lo olió, buscando rastros familiares del poder que había perdido. Lo tocó con la punta de los dedos, como ciego que intenta leer braille. Finalmente lo arrugó con una rabia contenida que era mucho más dolorosa que cualquier explosión emocional.

—¿Tú sabes qué duele más que el miedo físico? —me preguntó, con voz de filósofo político en retiro forzoso.

—La indiferencia de los que juraron protegerte —le respondí.

No me corrigió. Solo asintió con la sabiduría amarga de quien finalmente entiende las reglas reales del juego que había estado jugando durante décadas.

Para el día nueve, Gómez Hernández había entrado en la fase de negociación desesperada. Pidió papel de buena calidad —ya no le importaba la marca ni la textura— y anunció que quería escribir una carta "directamente a los jefes máximos del movimiento". Como si existiera un tribunal supremo de la lealtad partidista dispuesto a revisar su caso con justicia salomónica.

La escribió con pulso tembloroso pero letra legible, cuidando cada palabra como si estuviera redactando su testamento político. Tres páginas densas donde hablaba de lealtades probadas en trincheras legislativas, de secretos que había callado como confesor secular, de pactos sellados en cenas oscuras que nunca habían trascendido a la prensa nacional. Decía que aún podía ser útil al movimiento, que tenía información valiosa sobre las operaciones de los adversarios, que no permitiera que se convirtieran en su epitafio político los mismos compañeros que lo habían ungido como senador de la República.

Firmó con su nombre completo, con fecha exacta, con el mismo garabato elegante que había adornado las reformas fiscales que empobrecieron a medio país y enriquecieron a la otra mitad. Su firma era una obra de arte caligráfica, perfeccionada durante años de firmar decretos, presupuestos, sentencias de muerte disfrazadas de política pública.

Le prometimos enviar la carta por mensajería especializada, con acuse de recibo y seguimiento satelital. La leímos en voz alta frente a él, teatralizando cada párrafo como si fuera una obra de Shakespeare político. Nos carcajeamos hasta llorar de risa. Luego, con la solemnidad de un ritual sagrado, hicimos avioncitos de papel y los lanzamos contra las paredes de su celda mientras él observaba en silencio.

—¿Y la carta? —preguntó horas más tarde, con esa ansiedad patética del político que espera respuesta a una súplica.

—Ya está en manos de quienes tienen el poder de decisión —le dije con total honestidad.

Era absolutamente cierto. La habíamos quemado ceremoniosamente frente a un retrato de Luis Echeverría, padre político de su padre político, solo por las risas históricas que nos provocaba la ironía.

Para el día once, Gómez Hernández había entrado en la fase terminal de ruego político. Ya no negociaba desde una posición de fuerza relativa. Simplemente suplicaba como cualquier ciudadano común enfrentado a la maquinaria implacable del poder.

—Por lo que más quieras en la vida. Necesito hablar directamente con ella. Solo ella puede mover los hilos que realmente importan. Ella sabe perfectamente que yo nunca hablé fuera de lugar. ¡Que los protegí durante años! ¡Que firmé absolutamente todo sin hacer preguntas incómodas! ¡Que fui el soldado más leal del movimiento!

Se refería a "La Jefa Máxima actual", la matriarca heredera de la ideología del partido, esa figura mítica que aún dictaba candidaturas con pestañeo de momia viviente y que controlaba los hilos invisibles del poder real desde su palacio particular. Una mujer que había convertido la política en religión personal y que exigía devoción absoluta a cambio de protección limitada.

Le proporcionamos papel artesanal y le permitimos dibujar a mano un emblema con tinta extraída de la sangre de su propio dedo índice. Decía que era un "símbolo secreto de reconocimiento" entre los miembros más antiguos del movimiento, una clave secreta que garantizaría atención inmediata de la matriarca.

Prometí personalmente que llevaría su mensaje directamente al destino indicado. Lo usé como mantel desechable para un taco de suadero que compré en un puesto callejero, después de cortarle el pedacito donde estaba la sucia sangre del ex senador.

Para el día catorce, Gómez Hernández ya no hacía preguntas sobre el destino de sus comunicaciones. Simplemente repetía su nombre completo en voz baja, como mantra budista o como conjuro desesperado: "Senador Adán Tiberio Gómez Hernández. Senador Gómez Hernández. Senador..."

Lo pronunciaba como si al repetirlo obsesivamente pudiera recuperar el poder político que esas palabras habían representado durante años. Era como observar a un rey exiliado dirigiéndose a una corte de fantasmas, esperando que los títulos vacíos conservaran algún poder residual en la realidad.

Yo lo observaba en silencio durante horas. No porque me provocara lástima —esa emoción había desaparecido de mi repertorio emocional desde hacía años—, sino porque resultaba absolutamente fascinante presenciar la lenta descomposición psicológica de un hombre que había construido todo su imperio personal sobre pactos de silencio, y que ahora moría lentamente por la ausencia total de ruido político en su favor.

El día diecisiete marcó un punto de inflexión definitivo. Alguien llamó al teléfono de contacto que habíamos establecido para emergencias. Una voz femenina, elegante, modulada con esa sofisticación que solo da la educación privada cara y la experiencia política de décadas. Preguntó directamente si teníamos al senador bajo nuestra custodia. Dijo que deseaba únicamente asegurarse de que estuviera vivo y en condiciones relativamente dignas. Que no existía autorización institucional para rescatarlo, pero tampoco para enterrarlo prematuramente…la voz sonaba a la líder actual del partido…

Su tono era el de un médico forense que confirma la identidad de un cadáver.

Nos reímos con ganas genuinas.

—¿Y usted quién carajo es, señora? —le pregunté con toda la cortesía de la que era capaz.

—Alguien que conoce perfectamente cómo opera la maquinaria política real. Y que entiende que, a veces, un engranaje específico tiene que romperse completamente para que todos los demás puedan seguir girando sin interferencias molestas —respondió con una serenidad que daba escalofríos.

Activé el altavoz para que Gómez Hernández pudiera escuchar la conversación completa. Lo observé mientras procesaba cada palabra. No dijo nada. No suplicó. No gritó. No se descompuso emocionalmente. Cuando la llamada terminó con un "que tenga buena noche" cortésmente homicida, simplemente se sentó en el suelo de concreto frío…En ese momento ya no era un prisionero político. Era una ruina humana con traje arrugado.

El día veinte, el partido publicó un boletín de prensa que se reprodujo en todos los medios nacionales:

"El Movimiento de Regeneración Nacional condena enérgicamente todo acto de violencia política, venga de donde venga y esté dirigido hacia quien esté dirigido. Nuestro movimiento de transformación no se doblega ante amenazas de ningún tipo. Nuestra lealtad suprema está exclusivamente con el pueblo de México, no con personas individuales que puedan haber perdido el rumbo moral."

Gómez Hernández leyó el comunicado completo sin pronunciar una sola palabra. Lo dobló con precisión matemática, cuidando que las esquinas coincidieran perfectamente. Se lo guardó en el bolsillo interno del saco como si fuera un documento valioso.

Y entonces, finalmente, lloró.

No por miedo físico. No por dolor corporal. Sino por la primera y única certeza absoluta que había tenido desde el inicio de su cautiverio: que nunca, en ningún momento de su carrera política, había sido realmente indispensable para nadie.

Aquella noche me acerqué a él con curiosidad científica.

—Siempre pensaste que realmente te necesitaban, ¿verdad, cabrón?

—Yo lo creía con toda mi alma —susurró como quien confiesa un pecado mortal.

—Ellos te usaban exactamente como cualquier otra herramienta desechable del poder. Hoy eres un martillo roto y oxidado. Nadie cuelga retratos de martillos rotos en las oficinas del poder.

Asintió lentamente. No replicó. No intentó defender su legado.

—Pero tú mismo ayudaste a construir precisamente esa lógica implacable, hijo de la chingada. ¡Tú personalmente firmaste las leyes que institucionalizaron el olvido político! ¡Tú votaste a favor de los mecanismos que hoy te están triturando!

—Lo sé perfectamente —respondió, y por primera vez desde el inicio del cautiverio su voz no contenía ni soberbia ni miedo. Tenía algo infinitamente más devastador: ausencia completa de humanidad.

Como si ya no quedara absolutamente nadie adentro de esa cáscara de político profesional.

El día veintidós decidimos concederle una última oportunidad de comunicación. Le entregamos una hoja en blanco de papel bond y le dijimos que podía escribir exactamente lo que quisiera. Que esa carta sí la enviaríamos al destino que él eligiera, sin leerla, sin censurarla, sin modificarla.

Escribió su propio epitafio político. No para el cementerio físico, sino para el archivo muerto de su partido:

"A los compañeros que me usaron durante décadas: gracias por el disfraz de dignidad. A los que me están olvidando sistemáticamente: los entiendo y los perdono. A los que vienen detrás de mí en la pirámide: no sean como yo. Pero inevitablemente lo serán, porque el sistema los va a convertir en eso. El poder no corrompe. Revela."

Firmó sin fecha y se acostó en el catre militar con los ojos completamente abiertos, como si estuviera esperando algo que sabía que nunca iba a llegar.

Nada.

Esperando absolutamente nada.

## Capítulo 6

## La confesión del verdugo

El día veintitrés del cautiverio de Gómez Hernández, decidí romper mi propio protocolo. No por compasión—esa palabra había sido extirpada de mi vocabulario hace años, como tumor maligno que infecta la objetividad quirúrgica—sino porque había llegado el momento de cerrar el círculo narrativo. De convertir al torturador en testimonio viviente. De transformar la pedagogía del dolor en autobiografía del verdugo.

Las noches anteriores habían sido densas, espesas como miel negra, cargadas de silencios que pesaban más que las confesiones arrancadas con

tenazas psicológicas. Pero esa noche traía algo distinto en el aire viciado del búnker. Una claridad terrible, como si el tiempo hubiera decidido finalmente detenerse para permitir que se dijera lo que debía decirse desde hacía décadas.

Gómez Hernández había aprendido a dormir con un ojo entreabierto, como perro callejero en territorio hostil. Sus instintos políticos de supervivencia—perfeccionados durante décadas de navegación en las aguas turbias de MORENA—le susurraban que cualquier cambio en la rutina carcelaria podía significar la diferencia entre seguir respirando y convertirse en estadística de desaparecido. Había desarrollado esa paranoia funcional que caracteriza a los políticos profesionales cuando finalmente comprenden que su escudo de impunidad partidista se ha evaporado como agua en el desierto chihuahuense.

Me senté fuera de su celda, apoyando la espalda contra la puerta metálica que había sido su frontera entre la vida y la muerte durante más de tres semanas. No llevaba arma visible. No hacía falta. La verdadera arma era el expediente que traía bajo el brazo, grueso como biblia familiar, pesado como lápida de mármol.

Hablé sin mirarlo, dirigiendo mis palabras hacia la pared de concreto como si me confesara ante un sacerdote invisible.

—¿Sabes por qué realmente estás aquí, Gómez Hernández?

Él no respondió inmediatamente. El catre militar crujió bajo su cuerpo mientras se acomodaba para escuchar. Había aprendido, después de semanas de testimonios devastadores, que cada silencio mío precedía una revelación capaz de partir su realidad por la mitad.

—No es por lo que hiciste directamente —continué con esa serenidad que solo da la certeza absoluta de tener la verdad entre las manos—. Es por lo que dejaste que pasara mientras tú firmabas cheques en blanco al horror institucional.

Permití que el silencio se espesara entre nosotros como sangre coagulándose. No por efecto dramático barato—esos trucos quedaron para los políticos como él—sino porque las palabras que estaba a punto de pronunciar habían permanecido enterradas durante años en los archivos clasificados de mi memoria.

—Hubo una aldea —comencé, mirando hacia arriba como si pudiera ver el cielo a través del techo de concreto—. Se llamaba La Humedad. No aparece en los mapas de Google ni en los censos oficiales. Tampoco en las rutas turísticas de la Cuarta Transformación. Tenía doscientos quince habitantes, un panteón sin nombres grabados en las lápidas, y dos caminos de terracería que se volvían intransitables durante la temporada de lluvias. No había carteles. Ni narcos. Ni oro. Ni petróleo. Sólo gente sencilla y tierra que daba maíz criollo.

Escuché que su respiración se volvía más lenta, más profunda. Me estaba escuchando con esa atención total que sólo se concede a los relatos que van a cambiar irreversiblemente la percepción del mundo.

—Era 1 de enero de 2019. Tú acababas de ser ungido como gobernador de tu Estado, con esa sonrisa de transformador de la patria que usabas en todas las fotos oficiales. Una mañana llegó una orden desde el Estado Mayor Presidencial, sellada con las siglas que alguien como tú habían autorizado para "operaciones especiales contra la insurgencia rural". El documento decía textualmente: "Zona roja. Posible foco de subversión agraria. Neutralizar con máximo impacto disuasivo por recomendación del gobernador Adán Tiberio Gómez Hernández"

Hice una pausa para observar su reacción. Sus manos se habían tensado contra el colchón militar, pero su rostro permanecía impasible. Aún conservaba esa disciplina facial del político profesional, esa capacidad de mantener la máscara serena mientras el alma se desintegra por dentro.

—Nos mandaron con helicópteros Blackhawk y blindados último modelo, equipamiento que costaba más que el presupuesto anual de educación de tres municipios rurales combinados. Yo era capitán de operaciones especiales en ese entonces. Seguía órdenes como las que tú firmabas… automáticamente, sin hacer preguntas incómodas, confiando ciegamente en que alguien más había hecho el análisis ético por nosotros.

Tragué saliva. No por nostalgia ni por arrepentimiento tardío, sino por la rabia cristalizada que llevaba años fermentando en mi sistema digestivo como alcohol de caña adulterado.

—Disparamos a casas de adobe. A siluetas que corrían entre los maizales. A niños que salieron de sus escondites pensando que éramos soldados de los buenos. Todo "en legítima defensa" y "por la seguridad nacional". En la radio, al día siguiente, la Secretaría de Prensa informó oficialmente que las fuerzas del orden habían abatido exitosamente a un grupo insurgente que amenazaba la estabilidad de la región. Los medios afines reprodujeron el boletín sin una sola pregunta. Tú diste una rueda de prensa desde tu Estado, con esa corbata azul rey que te gustaba usar para las ocasiones solemnes. Dijiste textualmente: "La patria duerme tranquila porque sus instituciones cumplen su deber sagrado con eficacia y humanismo."

Lo escuché moverse en el catre. Algo en su respiración cambió de ritmo. Quizás recordaba esa rueda de prensa específica. Quizás no. Para él, probablemente había sido una conferencia más entre las cientos de declaraciones similares que había pronunciado durante su carrera legislativa, palabras lanzadas al viento mediático con la misma facilidad con que otros respiran.

—Al mes siguiente nos condecoraron en el Campo Marte y transmitieron la ceremonia en la mañanera. Ceremonia oficial, fotógrafos, himno nacional. Yo recibí la Medalla al Mérito Operativo y un ascenso a mayor. También recibí algo más: una carta manuscrita, sin remitente, que alguien deslizó bajo la puerta de mi habitación en el cuartel. Decía: "Mi hijo se llamaba Esteban. Tenía siete años. Le gustaba dibujar pájaros con crayones de colores. No sabía leer todavía. Lo mataron con un disparo en el cuello mientras corría hacia su abuela. Usted estaba ahí. Usted apretó el gatillo. Que Dios lo perdone, porque yo nunca podré."

Guardé un silencio largo, denso, poblado de fantasmas. Escuché un suspiro profundo desde el interior de la celda.

—¿Y por qué me cuentas esto ahora? —preguntó finalmente Gómez Hernández, con voz grave pero desprovista de la arrogancia legislativa que había caracterizado sus primeras semanas de cautiverio. Por primera vez en mucho tiempo, sonaba genuinamente humano.

—Porque tú diste prácticamente la orden institucional. No firmaste el documento, pero tú hiciste que otro lo firmara. O simplemente te valió madre lo que significaban realmente esos eufemismos burocráticos que recomendabas y que otro autorizaba con tanta elegancia. Cualquiera de esas opciones te hace directamente responsable de que Esteban, de siete años, muriera con un crayón azul apretado en la mano derecha.

—¿Y crees que tú no eres responsable? —replicó, con un dejo de curiosidad filosófica más que de defensiva política.

—Lo soy. Completamente. Pero hay una diferencia abismal entre nosotros: yo estuve físicamente presente cuando se derramó la sangre. Tú nunca quisiste estar. Tú elegiste sistemáticamente la comodidad de la distancia burocrática. Firmaste, mandaste flores protocolarias a las viudas, pronunciaste discursos sobre la paz social. Tú fuiste el que se lavó las manos con tinta, el que convirtió el asesinato en trámite administrativo.

Pasaron varios minutos de silencio absoluto. Finalmente, Gómez Hernández se incorporó en el catre. No cruzó los brazos en posición defensiva. No adoptó la postura corporal del político que se prepara para una confrontación verbal. Simplemente se sentó como humano que está procesando información dolorosa.

—Yo no recuerdo específicamente ese operativo. ¿La Humedad, dijiste?

Asentí, aunque sabía que no podía verme desde su ángulo.

—Es muy probable que ese expediente ni siquiera haya llegado personalmente a mi escritorio. Todo pasa por múltiples filtros burocráticos antes de alcanzar el nivel máximo de decisión. Asesores, secretarios técnicos, coordinadores de área...

—¿Y si hubiera llegado directamente a tus manos? ¿Habrías hecho algo diferente?

Gómez Hernández bajó la cabeza hasta apoyar la barbilla contra el pecho. Su respuesta tardó en llegar, como si estuviera excavando en capas geológicas de su conciencia política que no había visitado en décadas.

—No lo sé —susurró finalmente.

—Esa respuesta es precisamente la diferencia entre nosotros. Yo sí sé exactamente qué haría si me dieran la oportunidad de regresar en el tiempo. Y tú sigues sin saberlo, incluso después de semanas de testimonios que te han puesto la realidad enfrente de los ojos como bisturí.

Nos sumergimos en un silencio que tenía textura física, como si el aire mismo se hubiera espesado con el peso de las confesiones mutuas. Era la primera vez que conversábamos sin las rejas psicológicas de torturador-

víctima entre nosotros. Aunque él siguiera encerrado, aunque yo tuviera las llaves, esa noche estábamos dialogando en el mismo nivel existencial. Como si los crímenes que habíamos cometido—cada uno desde su trinchera institucional—nos hermanaran más profundamente que el país que ambos habíamos traicionado.

—¿Por qué no me han matado? —preguntó Gómez Hernández, clavando la mirada en la pared de concreto como si pudiera leer ahí su sentencia final.

—Porque no queremos tu muerte. Eso sería demasiado fácil, demasiado limpio. Queremos algo infinitamente más difícil de obtener: queremos tu conciencia despierta y funcionando.

Se rio. No una carcajada amarga, sino una exhalación seca, como tos de fumador terminal.

—Tienen un concepto bastante retorcido de la pedagogía política —comentó con algo parecido al humor negro.

—Es lo único que queda funcional cuando la justicia institucional ha sido privatizada por completo.

—Entonces esto sí es venganza, después de todo.

—No —respondí con convicción absoluta—. Esto es reparación simbólica. Aunque suene ridículo pronunciado en voz alta. Aunque no vaya a resucitar a ningún muerto. Aunque nadie más vaya a enterarse jamás de esta conversación. Aunque sea completamente inútil para cambiar el sistema.

—¿Y tú personalmente crees que sirve de algo?

Me encogí de hombros con honestidad brutal.

—Objetivamente, no. Pero subjetivamente me sirve a mí. Me permite dormir algunas noches sin soñar con la cara de Esteban desangrándose entre los surcos del maíz.

Esa madrugada le conté más. Mucho más. Le hablé de los expedientes sistemáticamente alterados en los archivos militares, de las familias silenciadas con pensiones de hambre, de los periodistas asesinados cuyos nombres jamás fueron pronunciados en las mañaneras presidenciales. Le hablé de cómo los archivos nacionales se llenaban metódicamente de polvo mientras las víctimas eran reducidas a porcentajes estadísticos, a cifras manejables para los informes trimestrales que él mismo había firmado con esa elegancia caligráfica que caracterizaba su firma senatorial.

—Todo eso —le dije, señalando hacia ningún lugar específico pero abarcando todo el país con el gesto—. Todo ese horror sistematizado fue posible únicamente porque tipos exactamente como tú lo permitieron institucional y legalmente. Porque eligieron la comodidad de no saber. Porque cada "no me consta" que pronunciaron en las tribunas fue un disparo indirecto pero letal.

—¿Y qué quieres específicamente que haga ahora? ¿Que me declare públicamente culpable? ¿Que firme una confesión completa?

—No quiero nada espectacular ni mediático. Solo quiero que lo sientas.

—¿El dolor de las víctimas?

—No. La verdad desnuda sobre lo que realmente eres.

Se quedó completamente callado. Muy callado. Por primera vez en todas las semanas de cautiverio, parecía auténticamente sin palabras, como político que ha perdido súbitamente el acceso a sus archivos de frases prefabricadas.

Varias horas después, cuando la luz grisácea del amanecer comenzó a filtrarse por la rejilla metálica del techo, me habló con una voz que sonaba diferente. Más pequeña. Más real.

—No sé si realmente siento culpa en el sentido católico tradicional —dijo lentamente—Pero sí siento algo que antes no había experimentado jamás en mi carrera política.

—¿Miedo físico?

—No. Desnudez existencial.

Entendí perfectamente lo que quería decir. Por fin había perdido completamente el escudo protector del cargo, de las siglas partidistas, de los discursos prefabricados. Ya no era el senador Gómez Hernández, ni el abogado prestigioso, ni el negociador hábil. Era simplemente un hombre más, desprovisto de máscaras institucionales, enfrentado a la realidad sin filtros burocráticos que la suavizaran.

Y eso, para tipos como él que habían construido toda su identidad sobre el poder político, representaba el castigo más devastador imaginable.

Antes de retirarme, le dejé algo sobre la mesa metálica. Un expediente voluminoso. Cuatrocientas páginas con nombres completos, fotografías tomadas por forenses, testimonios grabados, informes médicos y la reconstrucción minuciosa de lo que realmente había ocurrido en La Humedad. El archivo completo que nunca vio la luz pública. El que fue sepultado bajo siete niveles de clasificación gubernamental.

—No lo leas por compasión tardía —le dije mientras me dirigía hacia la puerta—. Léelo por decencia humana básica. Si es que aún conservas algo de eso.

Salí de la celda. Cerré la puerta metálica. Pero no eché el cerrojo de seguridad.

Porque a veces, el verdadero verdugo no es quien ejecuta la sentencia.

Es quien finalmente abre los ojos del condenado.

## Capítulo 7

## La noche más larga

Desde temprano se olía en el aire algo distinto. Como ozono antes de la tormenta eléctrica que parte el cielo en dos. No eran los gritos habituales del vecino del encierro contiguo—un ex alcalde que llevaba meses balbuceando nombres de cuentas bancarias en las Caimán—, ni los pasos secos y militares del turno nocturno resonando contra el concreto húmedo

del búnker. Era otra cosa. El tipo de silencio prenatal que precede a una decisión irreversible, esa quietud mortal que se instala en los quirófanos antes de que el cirujano practique la primera incisión.

Gómez Hernández lo sintió primero en la comida del mediodía. La charola de peltre abollado llegó sin cuchara de plástico. Sin vaso de agua tibia. Sin la palabra rutinaria del encargado de alimentación que siempre mascullaba "buen provecho" con sarcasmo institucional. Sólo un pedazo de pan industrial mal horneado, duro como ladrillo de construcción barata, y una especie de caldo frío que ya no humeaba, que tenía ese color grisáceo de la sopa que se sirve en los hospitales públicos donde van a morir los que no tienen seguro médico privado. Era el tipo de alimentación básica que se reserva para los que están a punto de dejar de necesitarla para siempre.

Le temblaron las manos al tocar la charola metálica. No por hambre—hacía días que había perdido el apetito, como si su estómago hubiera comprendido antes que su cerebro que ya no valía la pena procesar alimentos—. Le temblaron por intuición animal. Por esa sabiduría primitiva que desarrollan los políticos profesionales después de décadas de navegar en aguas infestadas de tiburones partidistas, esa capacidad de oler la traición en el aire como los perros detectan terremotos.

Yo estaba en la habitación contigua, con la oreja pegada a la radio portátil militar donde se colaban voces distorsionadas del otro grupo operativo. Voces que ya no querían seguir el plan original. Voces que estaban hartas del juego moral, del teatro pedagógico de la redención política, de todo ese experimento social que habíamos diseñado para quebrar la psicología del poder desde adentro.

—Esto ya no es educación política, cabrones. Esto se convirtió en un riesgo innecesario que nos va a costar la vida a todos —decía el Gordo Toño, uno de los jefes operativos, voz ronca como dinamita húmeda y olor permanente a gasolina barata. Un ex marino que había perdido tres dedos de la mano izquierda desactivando minas antipersonales en territorio controlado por Los Zetas, y que desde entonces manejaba la violencia con la precisión técnica de un relojero suizo.

—¿Y qué propones exactamente? ¿Colgarlo en un puente vehicular? ¿Filtrarlo en video a los medios? ¿Mandárselo a López-Dóriga para que lo pase en horario estelar? —le respondió El Cura, uno de los fundadores ideológicos del grupo, más veterano, más filosófico, con esa paciencia de seminario que conservaba después de años de leer a Gramsci por las noches mientras limpiaba rifles de asalto.

—Propongo lo obvio, hermano: borrarlo del mapa. Este güey no es Nelson Mandela esperando su momento de iluminación moral. No va a cambiar nunca. Está inscrito en el ADN de su especie política: firmar sin leer, mandar sin saber, cobrar sin trabajar. Si lo soltamos vivo, nos entierra a todos con una sola llamada telefónica a sus contactos en la PGR…Nos estamos arriesgando mucho siendo militares disidentes del régimen y queriendo hacer lo correcto para este país.

Un silencio espeso se instaló entre ellos. Pude escuchar el sonido de alguien encendiendo un cigarro, el chasquido del mechero, la primera inhalación profunda del tabaco barato.

—Y si lo matamos en frío, nos convertimos exactamente en lo mismo que juramos destruir cuando comenzamos esta operación —insistió El Cura, con esa voz de profesor de filosofía política que había sido antes de que le desaparecieran a la esposa y a los dos hijos en un operativo conjunto del ejército y la policía estatal.

El Gordo Toño se rio. Una carcajada seca, amarga, como tos de minero con silicosis.

—Esa frase exacta la dijiste hace doce años en la sierra de Guerrero, cuando el general Gutiérrez mandó quemar vivo a tu hermano menor. ¿Te sirvió de algo la pureza moral? ¿Resucitó al muchacho? ¿Lo trajo de vuelta para que terminara la preparatoria?

Otra pausa. Más pesada. Más cargada de fantasmas personales que se materializaban entre las palabras como humo de copal en una ceremonia fúnebre.

—Yo ya no estoy dispuesto a morir por la conciencia tardía de un cabrón como Gómez Hernández —concluyó el Gordo con esa finalidad que sólo tienen las sentencias de muerte pronunciadas en voz baja—. Y ustedes tampoco deberían estarlo.

Y cortaron la comunicación con un clic electrónico que sonó como guillotina cayendo.

Esa noche, todos en el búnker dormían con un cuchillo invisible bajo la lengua. Incluso nosotros, los que supuestamente controlábamos la situación. Había tensión física en los pasillos, en la forma mecánica en que se intercambiaban las miradas los guardias del turno nocturno, en el modo en que evitaban hacer ruido innecesario con las botas militares contra el piso de concreto. Algunos ya no bajaban al sótano donde teníamos las celdas. Otros hablaban abiertamente de "cerrar el ciclo operativo". "Ya duró demasiado este pedo", decían mientras limpiaban las armas con aceite industrial. "Hay que resolver antes de que se complique más."

Gómez Hernández lo sabía perfectamente. No hacía falta que se lo dijéramos con palabras explícitas. La muerte tiene su propio lenguaje corporal, su propia gramática de silencios y gestos interrumpidos, y esa noche todos la hablábamos con fluidez de nativos.

A las tres de la madrugada, pedí permiso especial para entrar a su celda. No a interrogar como las veces anteriores. No a extraer más confesiones políticas. Simplemente a estar presente. A acompañar lo que podían ser sus últimas horas respirando el mismo aire viciado que habíamos compartido durante tantas semanas.

—¿Tampoco puedes dormir? —le pregunté, mientras cerraba la puerta metálica sin echar el cerrojo de seguridad.

—Dormir ya no es lo que era antes —me respondió con una sonrisa apenas perceptible, como si hubiera descubierto algo irónico en la situación que el resto de los mortales no podíamos comprender.

Estaba sentado en el suelo de concreto frío, envuelto en una cobija militar de esas que raspan más de lo que abrigan, de las que huelen permanentemente a desinfectante barato y a sudor ajeno. Tenía los ojos completamente secos. Ni una lágrima de autocompasión. Ni siquiera rabia animal contra sus captores. Solo un cansancio mineral, geológico, como si hubiera envejecido décadas en pocas semanas.

—¿Qué está pasando realmente allá arriba? —me preguntó directamente, sin rodeos diplomáticos ni eufemismos de senador acostumbrado a navegar conversaciones complejas.

Me senté frente a él en el suelo húmedo. Sin armas visibles. Sin casco militar. Sin chaleco antibalas. Ya ni siquiera fingía ser el guardia profesional que mantenía distancia psicológica con el prisionero. Yo también estaba caminando en la cuerda floja, y ambos lo sabíamos.

—No todos en el grupo quieren que salgas vivo de aquí —le dije con la honestidad brutal que merecía la situación—. Hay quienes piensan que este experimento pedagógico ya cumplió su función social, y que mantener vivo a un senador de MORENA es un lujo ideológico que no nos podemos permitir.

—Nunca quise salir vivo —dijo, con una media sonrisa que tenía algo de liberación espiritual—. Desde el día que llegué aquí supe que este lugar era mi cementerio político. Pero tampoco pensé que al final me mataría mi propia firma.

Y entonces empezó a hablar. Por primera vez en todas las semanas de cautiverio, habló sin el cinismo reflexivo del político profesional, sin las máscaras retóricas que había perfeccionado durante décadas de vida pública.

—¿Sabes una cosa que nunca te conté? Una vez firmé una orden ejecutiva para desalojar por la fuerza a una comunidad indígena que llevaba tres meses bloqueando una carretera federal. Era domingo por la mañana. Yo tenía prisa porque jugaba el América contra las Chivas en el Azteca, y había quedado de verlo en casa de mi compadre, el que tenía la televisión de pantalla grande. Firmé esa orden sin leer ni una sola línea del contenido. Ni siquiera pregunté cuántas familias vivían en esa comunidad.

—¿Y qué pasó después? —pregunté, aunque ya intuía la respuesta.

—Hubo muertos. Tres niños menores de diez años. Una anciana de ochenta y seis. Un joven padre de familia que se interpuso entre los granaderos y su casa de adobe. Me dijeron oficialmente que había sido "un operativo limpio, ejecutado con precisión quirúrgica y respeto absoluto a los derechos humanos". La prensa nacional no cubrió la noticia porque coincidió con el escándalo de corrupción de un gobernador panista. Y yo… me creí completamente la versión oficial resumida que me dieron en dos párrafos.

—¿Y ahora que sabes la verdad completa?

—Ahora sé que una firma política puede ser técnicamente un crimen de lesa humanidad. Que mi rúbrica elegante fue una sentencia de muerte colectiva. Que esos niños murieron porque yo tenía prisa por ver un partido de fútbol en televisión.

Se quedó varios minutos en silencio, con la mirada perdida en algún punto invisible de la pared de concreto, como si estuviera contando mentalmente a todos los fantasmas que había acumulado durante su carrera legislativa.

—También recuerdo otra firma especialmente significativa —continuó con voz más baja—. Un paquete completo de reformas a la ley penitenciaria nacional. Redujimos derechos constitucionales, aumentamos castigos, eliminamos programas de reinserción social. Todo para mejorar artificialmente las cifras de "mano dura contra el crimen" ante un informe internacional que iba a revisar la política criminal del gobierno. Firmé ese paquete legislativo como quien revisa la temperatura del clima en la aplicación del teléfono. Sin pensar ni por un segundo en la gente real. En los rostros específicos que iban a sufrir las consecuencias directas de esos cambios legales.

Cerró los ojos como si estuviera haciendo inventario mental de todos los daños colaterales que había autorizado sin saberlo.

—Una vez, mi jefe de campaña me dijo algo que se me quedó grabado: "El sistema político mexicano se alimenta de complicidades silenciosas, no de héroes incómodos. Tu trabajo no es ser valiente. Tu trabajo es estar ahí, firmar lo que hay que firmar, y mantener funcionando la maquinaria." Y yo me lo creí completamente. Pensé que estar físicamente presente en el Senado, firmando decretos, sonriendo en las fotos oficiales, era moralmente superior a dejar que alguien potencialmente peor ocupara mi lugar.

—¿Y ahora qué piensas?

—Ahora entiendo que el mal político se disfraza sistemáticamente de "lo posible", de "lo menos peor", de "la opción realista". Que mi supuesta moderación pragmática fue en realidad complicidad activa con atrocidades que yo me negué deliberadamente a conocer en detalle.

Nos quedamos completamente callados durante varios minutos. El silencio tenía textura física en el aire viciado del búnker subterráneo.

De pronto se escucharon pasos pesados en el pasillo principal. Tres pares de botas militares con ritmo distinto. Unas más pesadas, con autoridad de mando. Otras más ruidosas, nerviosas. Las terceras, sigilosas como de asesino profesional. Venían directamente hacia nosotros, sin desviarse, sin hacer paradas de rutina.

Me puse de pie automáticamente, activando todos los instintos de supervivencia que había desarrollado durante años de operaciones clandestinas.

Era el Gordo Toño acompañado de dos operadores más. Uno traía una mochila militar de lona verde, pesada, que sonaba metálicamente a cada paso. El otro cargaba una cámara de video profesional, de las que se usan

para grabar testimonios finales. El tercero, obviamente el Gordo, traía una pistola Glock en la mano derecha, sin funda, con el seguro quitado.

—Se acabó definitivamente el experimento social —declaró el Gordo con voz de veredicto final, sin miramientos diplomáticos—. Vamos a resolver esta situación como se resuelven realmente las cosas en este país. Con eficiencia terminal.

—No tenías autorización del grupo para tomar esta decisión unilateral —le dije, interponiéndome físicamente entre él y Gómez Hernández.

—Tampoco tú tenías autorización para convertirte en psicólogo personal de este hijo de la chingada. ¿En serio crees que porque se confesó de sus pecados políticos ya experimentó una transformación moral auténtica? ¿Cuántos niños más tienen que morir para financiar la hipotética redención espiritual de este cabrón?

Me empujó con violencia calculada. Me caí contra la pared húmeda del búnker, raspándome la espalda contra el concreto áspero. La pistola ya estaba en posición de disparo, apuntando directamente a la cabeza de Gómez Hernández.

—Lo grabamos confesando todo. Lo exhibimos públicamente. Lo usamos como ejemplo pedagógico para otros senadores de MORENA. Y luego… lo tiramos en un canal de aguas negras. Exactamente como hacen ellos con los nuestros cuando nos capturan.

Gómez Hernández se quedó completamente inmóvil en el suelo.

Ni suplicó por su vida. Ni gritó pidiendo clemencia. Ni intentó negociar una salida diplomática usando sus contactos políticos. Solo dijo, con voz completamente serena:

—Está bien. Háganlo.

Esa respuesta inesperada detuvo el momento como freno de emergencia. Porque nadie la había anticipado en los planes operativos.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó el Gordo, genuinamente sorprendido.

—Dije que está perfectamente bien. Hagan exactamente lo que vinieron a hacer. Ya no tengo absolutamente nada más que ofrecer como pago por mis crímenes políticos.

—¿No vas a pedir piedad? ¿No vas a prometernos información clasificada a cambio de tu vida?

—¿Cuándo ofrecí yo piedad a las víctimas de las leyes que firmé? ¿Cuándo les di a ellos la oportunidad de negociar su supervivencia?

Un silencio denso se instaló entre todos nosotros.

—¿Y tú qué opinas? —me preguntó el Gordo, girando hacia mí—. ¿Lo vas a defender otra vez con discursos morales?

Me puse de pie lentamente, limpiándome la sangre de los rasguños en la espalda. No tenía plan B. No tenía respaldo operativo. No tenía armas.

—No lo defiendo por él. Lo defiendo por lo que somos nosotros. Si lo matamos así, en frío, nos convertimos automáticamente en otra célula

criminal más. En otro escuadrón de la muerte. En otra estadística de la violencia sistémica que supuestamente queremos combatir.

El Gordo me miró con desprecio genuino, como si hubiera pronunciado una blasfemia.

—Eres un sentimental de mierda. Un idealista pendejo.

—No. Soy un ex soldado que ya no quiere seguir siendo soldado ciego. Como tú deberías ser también…

El Gordo se quedó varios minutos mirando fijamente a Gómez Hernández. Un escrutinio largo, clínico, como si estuviera evaluando si ese hombre valía el costo de una bala de nueve milímetros.

Finalmente bajó el arma y se dio la vuelta hacia la puerta.

—Una semana más. Una sola semana adicional. Si en ese tiempo no hay un cambio genuino y verificable… se va para siempre.

—¿Y cómo vamos a saber si realmente cambió? —le pregunté.

—Eso es precisamente lo más jodido de todo este experimento —respondió el Gordo antes de salir—. Que nunca se puede saber realmente si alguien cambió de verdad. O si solo aprendió a fingir mejor.

Y se fueron, dejando el eco metálico de sus pasos resonando en los pasillos del búnker como amenaza diferida.

Esa noche fue objetivamente la más larga de todo el cautiverio. No porque pasara algo más dramático. Sino precisamente porque no pasó absolutamente nada. Y en el mundo subterráneo de los secuestradores políticos, cuando no pasa nada visible… es con exactitud cuando todo está realmente en juego.

Gómez Hernández se volvió a acostar en el catre militar. Pero no cerró los ojos en ningún momento. Y yo tampoco pude cerrar los míos.

Ambos sabíamos con certeza absoluta que estábamos caminando en el filo matemático de una navaja. Y que lo más difícil de todo no era evitar la muerte física. Era demostrar que aún merecíamos seguir respirando el mismo aire que las víctimas de nuestros crímenes respectivos.

## Capítulo 8

### Metamorfosis del poder

Cuando amaneció el octavo día, no se escuchó ningún disparo. Solo el sonido seco del seguro de una pistola desactivándose en el silencio viciado del búnker. El Gordo Toño había cumplido su palabra: una semana más. Pero ninguno de nosotros creía que esa semana iba a terminar en algo distinto a una ejecución diferida.

Y sin embargo, algo sí cambió durante esos siete días. O al menos fingió cambiar de manera tan convincente que incluso nosotros, sus captores, comenzamos a dudar de nuestras propias certezas.

Gómez Hernández dejó de hablar completamente. No pidió nada. No exigió derechos. No improvisó discursos, ni sermoneó con anécdotas de su paso por el Senado. Se convirtió, literalmente, en un fantasma con pulso estable. Respiraba, comía lo mínimo que se le daba, caminaba en círculos dentro de su celda como animal enjaulado, y por las noches se sentaba en la esquina más oscura, mirando un punto fijo en la pared como si hubiera una pantalla invisible que solo él podía ver.

La transformación era inquietante. Después de semanas de confesiones políticas y llantos de arrepentimiento tardío, el silencio absoluto resultaba más perturbador que todos sus gritos anteriores. Era como si hubiera cruzado algún tipo de línea interior irreversible, como si hubiera llegado a un lugar psicológico desde donde ya no tenía sentido intentar comunicarse con el mundo exterior.

Nadie se atrevió a interrogarlo durante esos días finales. Nadie volvió a entrar a provocar más confesiones. Ni siquiera yo, que había desarrollado una especie de fascinación morbosa por sus procesos de autoconocimiento forzado. El aire mismo del búnker se había vuelto denso, cargado de una tensión que parecía preceder algo definitivo e irreversible.

Se corrió la orden tácita de esperar. Como si todo el búnker hubiera entrado en una pausa estructural, como si alguien hubiera presionado un botón secreto que detiene la narrativa para ver qué hacen los personajes cuando no los están observando constantemente.

El Gordo Toño comenzó a preparar el equipo. La cámara de video profesional, las herramientas necesarias para una confesión final grabada, el material para el "mensaje pedagógico" que planeaba distribuir en redes sociales como advertencia para otros funcionarios del partido. Todo estaba listo para el séptimo día exacto. Para el cumplimiento puntual de su ultimátum.

Pero al amanecer del séptimo día, cuando bajamos al nivel subterráneo para ejecutar la sentencia, su celda estaba vacía.

No hubo forcejeos. No hubo puertas forzadas ni alarmas rotas. La cobija militar estaba doblada con precisión casi militar. La charola de comida intacta, como si hubiera decidido ayunar en sus últimas horas. El aire de la celda tenía ese olor particular de los espacios que han sido abandonados deliberadamente, no por fuga sino por renuncia voluntaria.

La cámara de vigilancia había sido desactivada electrónicamente desde dentro, utilizando un código de anulación que solo conocíamos tres personas en todo el operativo. Y yo sabía perfectamente que no había sido yo quien lo había usado.

El Gordo Toño me miró con una mezcla de desprecio y alivio mal disimulado, como si secretamente se alegrara de no tener que apretar el gatillo pero se negara a admitirlo abiertamente.

—El güey se nos fue —dijo, como si eso resolviera automáticamente todas las implicaciones morales del experimento.

—O lo soltaron —respondí, sin levantar la voz, evaluando cuidadosamente las reacciones de todos los presentes.

—O se liberó solo —agregó El Cura, que había estado callado toda la semana, masticando silencios como hostias de penitencia y evidentemente luchando con sus propios demonios éticos.

Nadie firmó un parte oficial. Nadie hizo demasiadas preguntas incómodas. En operaciones como esta, cuando alguien desaparece sin cadáver visible, lo más prudente operativamente es asumir que el ciclo se cerró por sí mismo, aunque todos sepamos que los ciclos, como los traumas políticos, nunca se cierran completamente. Solo se reciclan con nuevos protagonistas y escenarios ligeramente diferentes.

El aire matutino olía a gasolina quemada y esperanza podrida cuando Gómez Hernández apareció caminando por la carretera federal número 85, veinticuatro horas después de su desaparición del búnker. Caminaba como un espectro desprogramado que alguien había soltado deliberadamente para ver qué hacía la realidad oficial con él.

No llevaba identificación. No traía teléfono. No tenía zapatos. Solo una camisa blanca desgarrada y unos pantalones de vestir que recordaban a su vida anterior como senador, como si se tratara de los restos de un mal disfraz que ya no conseguía engañar a nadie, ni siquiera a él mismo.

Un trailero que transportaba cerveza hacia Monterrey lo encontró sentado al borde del asfalto, con esa postura resignada de los que ya no esperan absolutamente nada, ni de sí mismos ni del mundo que los rodea.

—¿A dónde lo llevo, jefe? —le preguntó el conductor, con la voz áspera de los que han visto demasiadas tragedias en las carreteras mexicanas sin detenerse nunca a preguntar demasiado.

—A donde termine esta pinche carretera —respondió Gómez Hernández, como si esa fuera la única instrucción que aún tenía sentido en su vocabulario.

El trailero lo llevó hasta la ciudad más cercana. Lo dejó en la puerta del hospital regional. No hizo preguntas. No pidió explicaciones. En México, encontrarse con hombres rotos caminando por las carreteras es parte del paisaje normal, como encontrarse con perros callejeros o con cruces que marcan accidentes fatales.

El resto ocurrió exactamente como lo registraron después los noticiarios y las redes sociales: hospital público con camas insuficientes, televisión encendida transmitiendo las mañaneras presidenciales, diagnóstico psicológico ambiguo que no comprometía a nadie oficialmente, ruedas de prensa con más maquillaje que verdad, comunicados del partido llenos de "solidaridad institucional" y ninguna explicación concreta sobre lo que había pasado durante su ausencia.

Pero lo verdaderamente importante no fue lo que dijeron los medios de comunicación sobre su reaparición.

Lo verdaderamente importante fue lo que él no dijo.

No denunció a nadie específicamente. No culpó al crimen organizado. No explicó cómo había logrado escapar de sus captores. No agradeció públicamente la solidaridad del partido ni la preocupación de sus colegas senadores. Durante días, simplemente estuvo presente de la manera más inquietante posible: como los fantasmas que aparecen cuando menos se los espera, silencioso como las deudas históricas que nadie quiere reconocer oficialmente.

Los operadores del partido no tardaron en localizarlo para intentar controlar la narrativa. Llegaron en tres camionetas blindadas, acompañados de dos asesores con sonrisa profesional de caoba política, y una coordinadora de comunicación social que usaba el celular como bisturí quirúrgico para operar la realidad hasta hacerla digerible para el consumo mediático.

Lo encontraron en pijama, con barba de abandono y mirada de quien ya vio el final completo del guion y decidió que no valía la pena seguir actuando según las indicaciones del director.

—Queremos ayudarte a reincorporarte completamente. Dar vuelta a la página. Que regreses más fuerte que antes a tus funciones legislativas —le dijo el coordinador general, utilizando exactamente las mismas frases que había ensayado frente al espejo para situaciones de contención de daños reputacionales.

Gómez Hernández los escuchó sin parpadear, como si estuviera viendo una película muy mala en un idioma que ya no comprendía completamente. Luego habló con una voz que no era exactamente la suya, o que quizás siempre había sido suya pero solo ahora se atrevía a usarla sin filtros burocráticos.

—No hay vuelta de página posible cuando uno finalmente descubre que durante años fue únicamente tinta. Y que esa tinta se usó para firmar con sangre completamente ajena.

Los visitantes intercambiaron miradas protocolarias de alarma profesional. Se retiraron sin apretar manos, sin promesas de apoyo futuro, sin los rituales habituales de solidaridad partidista. Era evidente que Gómez Hernández había cruzado algún tipo de línea invisible que lo convertía en material radiactivo para cualquier cálculo político serio.

Tres días después, todo el país dejó de hablar de su misteriosa desaparición para empezar a hablar obsesivamente de su testimonio voluntario.

Un video, grabado sin producción profesional, sin fondo musical, sin cortes cinematográficos. Solo él, frente a la cámara de su teléfono celular, en la sala de su casa, con la misma ropa que había usado durante su cautiverio. Y la verdad.

No toda la verdad, porque eso hubiera sido físicamente imposible de procesar en una sola sesión. Pero sí suficiente verdad como para que el país entero se detuviera a escuchar lo que ningún político mexicano se había atrevido jamás a decir públicamente.

Confesó específicamente lo que había firmado sin leer durante años de carrera legislativa. Lo que había aprobado por conveniencia electoral. Lo

que había ignorado sistemáticamente con eficiencia burocrática perfectamente calculada. Los nombres exactos de los muertos que aparecían en los reportes clasificados. Las reformas diseñadas para beneficiar intereses particulares disfrazados de bien común. Los acuerdos inconfesables con empresarios y criminales. Los fantasmas que se le sentaban literalmente en el pecho cada noche desde el momento de su liberación.

El video se volvió viral no por morbo mediático, sino porque sonaba exactamente como lo que ningún funcionario público se atreve a decir en un país donde la política se construye exclusivamente con eufemismos y medias verdades patrióticas:

*"Sí, soy culpable. No por lo que hice directamente con mis propias manos, sino por absolutamente todo lo que permití sin cuestionar durante años. Porque en este sistema político, el que calla no solo otorga: firma. Y cada firma es una sentencia de muerte para alguien cuyo nombre no conocemos pero cuya sangre manchó nuestras manos."*

El sistema político reaccionó con la brutalidad automática de un animal herido que siente amenazada su supervivencia: lo expulsaron del partido, lo denunciaron penalmente por traición a la patria, iniciaron una campaña sistemática para ensuciarlo públicamente usando todos los recursos de propaganda oficial.

Pero ya no importaba.

Porque Gómez Hernández había cruzado definitivamente la línea que separa al funcionario cómplice del testigo incómodo.

Y los testigos, en la política mexicana, no son peligrosos por lo que saben específicamente, sino por lo que ya no pueden fingir que no saben. Por lo que ya no pueden olvidar convenientemente cuando llega el momento de tomar las siguientes decisiones que definirán la vida y la muerte de personas concretas.

La metamorfosis estaba completamente terminada. No había sido redención en el sentido cristiano de la palabra. Tampoco había sido castigo ejemplar en el sentido legal tradicional. Había sido algo simultáneamente más simple y más devastador: conciencia.

Y eso, en la política mexicana contemporánea, es absolutamente imperdonable.

## Capítulo 9

## El informe secreto

No lo escribió en computadora. Tampoco usó un software encriptado ni recurrió a los hackers que ofrecían sus servicios en los foros clandestinos donde se comercializaba con información política como si fuera cocaína de exportación. Ni siquiera confió en los periodistas de investigación que llevaban años esperando el testimonio definitivo que hundiera para siempre al régimen en el pantano moral donde había nacido.

Lo escribió completamente a mano. En libretas escolares de pasta dura que compró en una papelería de barrio, de esas que frecuentan las madres solteras para equipar a sus hijos antes de cada ciclo escolar. Una letra minúscula, nerviosa, pero meticulosamente ordenada. Como si temiera que alguien —o él mismo, en un momento de cobardía retrospectiva— fuera a leer mal sus propias verdades, esas confesiones que lo convertían automáticamente en cadáver político andante.

Después de su testimonio público en video, después de que el sistema lo expulsara con la brutalidad automática de un organismo que rechaza un virus, Gómez Hernández había descubierto que confesar públicamente era solo el primer paso de un proceso mucho más largo y doloroso. El video viral había sido catártico, pero también superficial. Como vomitar después de una intoxicación: alivia momentáneamente, pero no cura la infección de fondo.

Ahora necesitaba ir más profundo. Documentar no solo lo que había confesado ante la cámara, sino todo lo que había omitido por prudencia, por miedo, o simplemente porque aún no había logrado recordarlo completamente. Necesitaba escribir el inventario completo de su degradación moral, no para el público que había consumido su testimonio como entretenimiento político, sino para sí mismo. O más precisamente, para quien lo encontrara muerto cuando las consecuencias de sus confesiones finalmente lo alcanzaran.

Lo hacía durante las madrugadas, en silencio absoluto. Sin café ni cigarrillos que lo mantuvieran despierto artificialmente. Solo agua tibia en un vaso de vidrio desportillado y una lámpara de escritorio comprada en el mercado de pulgas, porque ya no se atrevía a usar nada que pudiera rastrearse hasta sus cuentas bancarias personales. A veces le temblaban las manos cuando escribía nombres específicos de funcionarios que aún tenían poder real. Otras veces se reía solo, con esa risa amarga del que descubre tardíamente que ha sido el personaje cómico de una tragedia nacional.

Y había momentos —los peores— en que se quedaba horas enteras con la pluma suspendida en el aire, como si dudara profundamente de su derecho moral a seguir existiendo, mucho menos a seguir documentando su propia ignominia con la minuciosidad obsesiva de un archivista profesional.

Lo tituló, con una grandilocuencia patética que él mismo reconocía: "Memorándum de la ignominia personal e institucional".

Un título ridículamente solemne, casi auto paródico, que sonaba como tesis doctoral de filosofía política escrita por un estudiante pretencioso de clase media. Pero Gómez Hernández lo decía completamente en serio, con esa solemnidad terminal que desarrollan los hombres cuando finalmente entienden que ya no tienen absolutamente nada más que perder excepto la capacidad de documentar con precisión quirúrgica su propia degradación moral.

Durante su cautiverio había aprendido algo fundamental que la carrera política jamás le había enseñado: que la verdad no redime

automáticamente a quien la dice. Solo desnuda. Solo exhibe. Solo convierte al confesor en espectáculo público para el consumo de masas que buscan entretenimiento moral barato. Y un hombre como él, construido durante décadas con mentiras elegantes y medias verdades patrióticas, no tenía suficiente piel emocional para exponerse al aire libre de la honestidad brutal.

La estructura del documento era quirúrgicamente precisa. Capítulo por capítulo. Caso por caso. Nombre por nombre. Fechas exactas, cifras verificables, códigos internos de dependencias gubernamentales, números de cuenta de empresas fantasma. No opinaba sobre las implicaciones políticas generales. No explicaba el contexto histórico que había hecho posibles esas atrocidades. No se justificaba apelando a la presión institucional o a la ignorancia de los efectos colaterales.

Solo mostraba. Solo documentaba. Solo registraba con la frialdad de un contador público que audita una empresa criminal y descubre que él mismo ha sido parte integral de la estructura delictiva durante años.

"En este documento", escribió en la primera página con esa letra temblorosa que parecía la caligrafía de un anciano con Parkinson, "se detalla minuciosamente lo que supe, lo que ordené directamente, lo que oculté de manera sistemática, lo que permití por omisión deliberada. No lo escribo para pedir perdón público ni para negociar una reducción de pena moral con la posteridad. Lo escribo porque ya no puedo cerrar los ojos una sola noche más sin verlo todo frente a mí, ordenado cronológicamente, sin eufemismos burocráticos que lo vuelvan digerible."

El documento creció durante semanas como un tumor de papel. Cada noche agregaba nuevos casos que su memoria había logrado rescatar del archivo de culpas que había mantenido sepultado durante años bajo capas de justificaciones profesionales y autoengaños patrióticos.

Operativos militares clasificados con víctimas civiles que nunca aparecieron en los reportes oficiales porque habían sido registradas como "bajas enemigas en combate" o directamente como "desaparecidos voluntarios que abandonaron sus comunidades por razones económicas personales".

Contratos multimillonarios firmados con empresas que existían únicamente en papel membretado y que tenían como domicilio fiscal bodegas abandonadas en zonas industriales donde jamás se había construido absolutamente nada productivo.

Desplazamientos forzados de comunidades enteras, ejecutados oficialmente "por razones de seguridad nacional ante la presencia de grupos criminales", pero que en realidad liberaban territorios para proyectos de infraestructura que beneficiaban directamente a empresarios que habían financiado campañas electorales.

Fondos públicos desviados sistemáticamente hacia campañas electorales de candidatos afines, utilizando organizaciones de la sociedad civil inexistentes como intermediarias para lavar el origen de los recursos.

Todo documentado con fechas exactas, lugares geográficos precisos, códigos internos de las dependencias involucradas, números de expedientes que podían consultarse en archivos oficiales para cualquiera que tuviera acceso al sistema burocrático. Lo que antes habían sido rumores de pasillo, especulaciones periodísticas o denuncias sin sustento documental, Gómez Hernández lo convertía meticulosamente en un archivo de evidencias procesables.

Las llamadas telefónicas de amenaza habían comenzado casi inmediatamente después de la viralización de su testimonio en video. Dos, tres veces por semana. Siempre en horarios diferentes para que no pudiera anticiparlas. Algunas veces una voz masculina, profesionalmente impersonal, le decía únicamente: "Ya basta, Gómez Hernández. No juegues con fuego."

Otras veces solo escuchaba respiración pesada durante varios minutos, como si alguien estuviera evaluando su estado psicológico a través del teléfono. Y había ocasiones en que simplemente se oía una risa controlada, fría, calculada, como si quienes lo llamaban supieran perfectamente que él ya no tenía ningún tipo de escapatoria real y estuvieran disfrutando su agonía política en tiempo real.

No denunciaba las amenazas ante ninguna autoridad. No tenía a quién hacerlo. Sabía con certeza absoluta que quienes lo amenazaban eran precisamente las mismas autoridades ante las cuales tendría que denunciar las amenazas. Era un círculo perfecto de impunidad sistémica.

Pero las amenazas, paradójicamente, lo tranquilizaban. Confirmaban que el informe que estaba escribiendo contenía información lo suficientemente valiosa y peligrosa como para justificar el riesgo de asesinarlo. Y eso, de manera perversa, le daba sentido a las madrugadas de escritura obsesiva, a los temblores en las manos, a la certeza creciente de que no iba a sobrevivir mucho tiempo después de completar el documento.

Una tarde de marzo, cuando el aire capitalino ya olía a primavera contaminada y esperanza podrida, me llamó por teléfono. Su voz sonaba como cartón mojado, como si hubiera perdido definitivamente la capacidad de fingir que estaba bien.

—Si me pasa algo irreversible en los próximos días o semanas, búscalo debajo del colchón de mi recámara. Y no es una metáfora literaria —me dijo sin preámbulos, como si hubiera ensayado esa frase durante horas.

—¿De qué estás hablando exactamente? —le pregunté, aunque ya intuía la respuesta.

—Del único testamento que vale la pena dejar en este pinche país.

Y colgó inmediatamente, sin darme oportunidad de preguntarle más detalles o de ofrecerle algún tipo de protección que ambos sabíamos que no podía proporcionarle realmente.

Dos días después me citó en un parque público del centro histórico. Un lugar donde el ruido del tráfico vehicular haría imposible cualquier tipo de

grabación electrónica profesional. Traía un sobre manila en la mano derecha, apretándolo como si contuviera su testamento político definitivo.

Me lo entregó sin ceremonias, sin discursos, sin dramatizaciones innecesarias.

—Esto no es una copia, cabrón. Es el documento original. Con mi letra. Con mis huellas dactilares. Léelo únicamente si desaparezco otra vez. O si aparezco muerto en circunstancias oficialmente inexplicables.

—¿Y si no te pasa absolutamente nada?

—Entonces lo quemas completamente. Sin leerlo. Sin hacer copias. Y nos olvidamos para siempre de que esta conversación existió alguna vez.

Lo miré durante varios minutos, evaluando la seriedad absoluta de su propuesta y las implicaciones de convertirme en depositario de información que podía costarme la vida.

—¿Qué esperas exactamente que haga con esto?

—Lo que yo nunca pude hacer durante toda mi carrera política.

—¿Y qué es eso específicamente?

—No temblar cuando llegue el momento de decir la verdad completa. Sin eufemismos. Sin medias tintas. Sin cálculos electorales.

Esa noche llevé el sobre a mi departamento. Lo guardé en el cajón más profundo de mi escritorio, debajo de papeles viejos e irrelevantes. No lo abrí. No sentí curiosidad periodística. Solo me sentí como su cómplice tardío, como todos los que habíamos sabido parcialmente lo que estaba pasando en el gobierno y habíamos decidido estratégicamente no saber más de lo conveniente para nuestra supervivencia profesional.

El sobre pesaba como un muerto. Y cada noche, antes de acostarme, me quedaba varios minutos mirándolo, temiendo secretamente que al día siguiente tendría que abrirlo porque Gómez Hernández ya no estaría vivo para confirmarme que todo había sido únicamente una precaución exagerada de su paranoia postraumática.

Sabía, con esa certeza que solo dan los países como México, que el final estaba llegando. Y que cuando llegara, ya nadie podría detenerlo. Ni él. Ni yo. Ni todos los documentos meticulosamente organizados que pudieran sobrevivir a la violencia sistemática que define la política nacional.

Pero al menos alguien habría intentado dejar constancia escrita de la degradación. Y eso, en un país donde la memoria se borra con la eficiencia de un algoritmo, ya era algo parecido a una forma de resistencia.

## Capítulo 10

## El día en que nadie aplaudió

La citación llegó un martes por la mañana, con el sello oficial del Senado de la República y esa elegancia burocrática que usan las instituciones mexicanas para disfrazar sus ejecuciones políticas de ceremonias protocolarias. No fue una invitación. Tampoco una convocatoria. Fue una

orden disfrazada de cortesía legislativa: "Se solicita respetuosamente la comparecencia del ciudadano Gómez Hernández ante la Comisión de Transparencia y Anticorrupción para rendir testimonio sobre las acusaciones vertidas en redes sociales respecto a presuntas irregularidades durante su gestión como funcionario público".

El lenguaje era perfecto. Neutral. Institucional. Completamente venenoso.

Nadie esperaba que aceptara. La lógica política tradicional dictaba que un paria de su calibre debía mantenerse invisible hasta que el olvido público lo absolviera por prescripción social. Pero después de su misteriosa liberación del búnker, después de su testimonio viral, después de escribir durante madrugadas enteras ese informe manuscrito que documentaba meticulosamente su degradación moral, Gómez Hernández ya no seguía ningún tipo de lógica política. Ya no seguía ningún tipo de lógica, punto.

Confirmó su asistencia por escrito, con una nota manuscrita de tres líneas que envió por mensajería: "Confirmo mi participación. Agradeceré que se me concedan treinta minutos de tiempo corrido sin interrupciones. No haré preguntas. Tampoco las contestaré."

La respuesta causó pánico silencioso en las oficinas de la coordinación parlamentaria. No porque temieran que dijera algo específicamente comprometedor —después de todo, ya había dicho todo públicamente en aquel video viral que habían logrado contener mediáticamente—, sino porque un político que no responde preguntas ni acepta interrupciones es un animal peligroso, impredecible, completamente fuera de los mecanismos de control que hacen funcionar el teatro legislativo mexicano.

—¿Qué mierda quiere este cabrón? —masculló el coordinador general mientras revisaba los informes de inteligencia política que monitoreaban las actividades de Gómez Hernández desde su expulsión del partido—. Ya lo echamos. Ya lo jodimos mediáticamente. Ya lo convertimos en apestado. ¿Qué más quiere?

—Tal vez quiere suicidarse públicamente —sugirió su asesor de comunicación política, un joven ambicioso que había aprendido el cinismo profesional con la eficiencia de un estudiante de doctorado—. Un último show. Un berrinche terminal antes de desaparecer completamente de la vida pública.

—Pues que se suicide en privado, como ciudadano decente. No que venga a jodernos en horario de trabajo.

Pero ya no podían cancelar la comparecencia sin confirmar públicamente que tenían miedo de lo que pudiera decir. Entonces optaron por la estrategia del vaciado institucional. Técnica perfeccionada durante décadas por todos los partidos: convertir el evento en un trámite administrativo irrelevante, despojado de cualquier impacto mediático o político real.

No hubo transmisión en vivo. El canal del Congreso programó para esa hora un documental sobre la historia arquitectónica del Palacio Legislativo. Los medios afines recibieron la indicación extraoficial de que "no era una noticia relevante para la agenda nacional, solo un procedimiento de rutina

sin trascendencia política". Los periodistas críticos fueron informados confidencialmente de que se trataba de "una audiencia técnica, sin declaraciones públicas, cerrada al acceso de prensa por razones de seguridad institucional".

El recinto quedó vacío. De los ciento veintiocho senadores de la República, asistieron exactamente once. La mesa directiva la presidía la senadora Mónica Fernández Salinas, una política profesional que había militado sucesivamente en varios partidos, demostrando esa flexibilidad ideológica que caracteriza a los sobrevivientes del sistema político mexicano. Mujer inteligente, cínica, completamente desprovista de principios, había aprendido a navegar las turbulencias partidistas con la habilidad de una bailarina que cambia de pareja sin perder el ritmo de la música.

—Se declara abierta la sesión —anunció con voz neutra, profesional, completamente desprovista de cualquier emoción que pudiera comprometer su neutralidad institucional—. Se concede el uso de la palabra al ciudadano Gómez Hernández para que rinda el testimonio que ha solicitado voluntariamente presentar ante esta comisión.

No hubo presentación formal. Tampoco contexto político. Ni siquiera una mínima explicación sobre por qué estaban ahí reunidos. Solo el protocolo mínimo indispensable para que el acto tuviera validez jurídica sin generar responsabilidades políticas para quienes participaban en él.

Gómez Hernández entró al recinto sin escolta. Sin asesores. Sin abogados. Solo. Vestía una camisa blanca arrugada —no la elegante camisa de político profesional que había usado durante décadas, sino la camisa de ciudadano común que ya no tiene que impresionar a nadie— y pantalones de mezclilla deslavada que parecían comprados en un mercado popular. El traje político había desaparecido junto con su carrera. Lo que quedaba era simplemente un hombre que había cruzado definitivamente la línea que separa al funcionario cómplice del testigo incómodo.

Traía consigo una carpeta manila como si contuviera su testamento. No la versión completa de su informe secreto —ese documento seguía escondido debajo de su colchón, esperando mi decisión sobre qué hacer con él si algo le ocurría—, sino una versión resumida, seleccionada específicamente para esta ocasión.

Se sentó frente al micrófono sin ajustarlo. Sin verificar que funcionara. Abrió la carpeta. Sacó un manojo de hojas escritas a mano. Las ordenó meticulosamente sobre la mesa, como quien va a leer una receta de cocina o las instrucciones de uso de un electrodoméstico.

Los senadores presentes intercambiaron miradas de incomodidad profesional. Estaban acostumbrados a lidiar con políticos que seguían los códigos implícitos del sistema, pero un hombre que llegaba con documentos manuscritos y expresión de quien ya no tiene absolutamente nada que perder era una variable impredecible que no aparecía en ningún manual de control parlamentario.

—Señoras y señores —comenzó Gómez Hernández, con voz seca pero completamente audible—, mi nombre ya no importa para efectos de esta comparecencia. Ni mi cargo anterior. Ni mis títulos académicos. Ni mi trayectoria política. Estoy aquí no como exfuncionario del Estado mexicano. Estoy aquí como lo que soy realmente: un cómplice.

La primera palabra ya había roto todos los protocolos. Los políticos mexicanos nunca se definen como cómplices de nada. Siempre son víctimas de las circunstancias, herederos de problemas estructurales, funcionarios que actuaron dentro del marco legal vigente. Pero jamás cómplices.

Una pausa. Nadie aplaudió. Nadie lo interrumpió. Solo el zumbido monótono de los aires acondicionados industriales llenó la sala como una banda sonora de funeral burocrático.

—Durante mi tiempo en funciones públicas —continuó, eligiendo cuidadosamente las palabras para no comprometer a quienes aún tenían poder real— serví lealmente a un sistema que aprendí a entender como una máquina perfectamente diseñada para convertir ciudadanos en estadísticas, personas en expedientes, problemas humanos en oportunidades políticas. Un sistema que castiga sistemáticamente la disidencia con el olvido mediático y premia la obediencia institucional con poder, con contratos, con silencio cómplice.

No era un discurso político. Era una disección médica. Él era simultáneamente el cirujano y el cadáver. Se abría en canal frente a una audiencia que habría preferido estar en cualquier otro lugar del mundo excepto ahí, escuchando eso.

—Fui parte activa de esa maquinaria. No solo observé pasivamente cómo funcionaba. No solo cumplí órdenes superiores como funcionario disciplinado. Firmé documentos que autorizaban operaciones sabiendo perfectamente sus posibles consecuencias. Autoricé transferencias presupuestales cuyo destino final no me atreví a investigar demasiado profundamente. Callé sistemáticamente cuando hubiera podido denunciar. Y durante años, incluso me convencí sinceramente de que estaba haciendo lo correcto.

Los senadores habían dejado de fingir que estaban haciendo otra cosa. Algunos lo miraban con expresiones que oscilaban entre el horror y la fascinación mórbida. Otros parecían completamente paralizados. Pero todos sabían que estaban presenciando algo inédito: un funcionario público que admitía su responsabilidad en el funcionamiento de un sistema corrupto.

—Cuando me secuestraron —dijo, sin el menor rastro de dramatismo, como quien relata un trámite burocrático particularmente tedioso—, pensé inicialmente que me iban a ejecutar como represalia por alguna operación que había autorizado. Me equivoqué fundamentalmente.

No querían matarme. Querían educarme. Y lo lograron. Me enseñaron a entenderme a mí mismo. Y esa educación fue mucho más aterradora que cualquier tortura física que hubieran podido aplicarme.

Un silencio mortal se instaló sobre el pleno. La senadora presidenta no lo interrumpía porque técnicamente no estaba violando ningún reglamento, pero tampoco lo alentaba porque cada palabra que decía convertía esa sesión ordinaria en un evento políticamente radioactivo.

—Hoy tengo muy poco que perder —continuó, levantando por primera vez la mirada de sus papeles para observar directamente a los senadores presentes—. Ya no tengo partido político que me respalde. Ya no tengo carrera que proteger. Ya no tengo reputación que cuidar.

Solo me quedan tres cosas: esta voz que todavía funciona, esta memoria que conserva detalles específicos, y la certeza de que el sistema que me formó sigue funcionando exactamente igual.

Hizo algo entonces que ningún político profesional mexicano había hecho jamás: sacó una hoja diferente y anunció con voz completamente serena:

—Quiero hablar de consecuencias. No de culpables políticos. Esos ya los conocen todos ustedes perfectamente. Quiero hablar de lo que significa firmar documentos desde oficinas elegantemente decoradas, durante reuniones donde se servía café de calidad, sin conocer nunca los rostros de quienes pagaban el costo real de nuestras decisiones burocráticas.

Y entonces describió —sin nombres específicos, sin fechas exactas que pudieran comprometer a otros, pero con la precisión emocional de quien finalmente había entendido el costo humano de la política— lo que significaba autorizar operaciones "por razones de seguridad nacional", aprobar transferencias presupuestales "para proyectos de infraestructura prioritaria", firmar convenios con empresas cuya existencia real nunca se molestó en verificar.

No lloraba mientras hablaba. No gritaba. No dramatizaba. Hablaba como quien hace un inventario comercial. Como quien ya no tiene fuerza emocional para fingir dolor pero todavía conserva la capacidad de documentar meticulosamente su propia degradación moral.

Cuando terminó, dejó caer los papeles sobre la mesa con un ruido seco que resonó en el silencio absoluto del recinto como un disparo.

—Eso es todo lo que tengo que decir. No tengo propuestas de solución. No vengo a pedir perdón público porque sé perfectamente que no tengo derecho a obtenerlo. No ofrezco cooperar con futuras investigaciones porque sé que no va a haber futuras investigaciones.

Solo vengo a dejar constancia oficial de que todo esto ocurrió, de que yo participé directamente en que ocurriera, y de que todos ustedes saben perfectamente que sigue ocurriendo todos los días.

Se quedó sentado durante varios minutos, como si esperara que alguien lo contradijera, que alguien le hiciera preguntas, que alguien convirtiera su confesión en un debate político tradicional. Pero nadie dijo absolutamente nada. Porque todos, en el fondo de sus cálculos políticos más cínicos, sabían que tenía razón. Solo que nadie quería ser el primero en admitirlo públicamente.

La senadora presidenta agradeció "la intervención del ciudadano Gómez Hernández" con voz neutra, profesional, completamente vacía de cualquier emoción. Y inmediatamente pasó al siguiente punto del orden del día como si acabaran de escuchar el reporte meteorológico en lugar de una confesión de Estado.

Gómez Hernández se levantó sin prisa. Guardó meticulosamente sus papeles en la carpeta manila. Nadie lo despidió protocolariamente. Ningún senador le estrecharía la mano. No había periodistas esperando entrevistas exclusivas. No había cámaras documentando su salida. No había historia oficial que registrar.

Solo esa sala helada por el aire acondicionado industrial. Y la memoria incómoda de once senadores que —años después— seguirían negando sistemáticamente haber estado presentes cuando el sistema político mexicano se desnudó completamente frente a sus propios representantes.

Afuera del recinto, discretamente apostados junto a las columnas del vestíbulo principal, dos hombres trajeados lo esperaban sin prisa. No lo escoltaron. No lo detuvieron. Solo comenzaron a caminar tras él con esa cadencia profesional que no necesita órdenes judiciales ni explicaciones legales. Como dos sombras burocráticas que cumplían una función administrativa más dentro de la maquinaria del Estado.

Yo estuve ahí. En la séptima fila de las galerías públicas, tomando notas con la discreción de un espía aficionado. Sabía que llevaba conmigo, en el sobre manila guardado en mi departamento, el documento completo que Gómez Hernández había escrito durante sus madrugadas de insomnio confesional. Sabía que muy probablemente esa sería la última vez que lo vería vivo en un acto público oficial.

No publiqué nada inmediatamente. No por miedo a represalias políticas. Sino porque entendí intuitivamente que aquel testimonio no había sido dirigido hacia nosotros, hacia la opinión pública, hacia los medios.

Había sido dirigido únicamente hacia sí mismo. Un epitafio político en vida. Una lápida hablante que documentaba meticulosamente su propia sepultura institucional.

Y no, nadie aplaudió al final. Porque en el sistema político mexicano nadie quiere ser el primero en aplaudir cuando sabe que hacerlo puede costarle la lengua, la carrera, o la vida.

Gómez Hernández no volvió a aparecer en actos públicos oficiales después de ese día. Simplemente desapareció del espacio mediático mexicano como desaparecen todos los que dicen demasiado tarde una verdad que ya no le sirve a nadie para nada constructivo.

Primero lo olvidaron los medios, que necesitaban espacio para escándalos más frescos y políticamente rentables. Después lo olvidó su propio partido. Luego lo olvidó la oposición. Finalmente, lo olvidó el país, que padece esa amnesia política crónica que le permite sobrevivir sexenio tras sexenio sin volverse completamente loco.

Pero yo conservé el sobre. Y cuando las circunstancias me obligaron finalmente a abrirlo, descubrí que Gómez Hernández había sido mucho más meticuloso —y mucho más valiente— de lo que cualquiera de nosotros había imaginado.

## Epílogo

## La carne que nos sobra

Al final, no hubo sentencia. No hubo tribunal internacional. No llegó la justicia prometida en los tratados ni se activó ningún mecanismo extraordinario de los que tanto presumen en Ginebra cuando necesitan justificar sus presupuestos burocráticos ante contribuyentes europeos que ya no creen en la filantropía global. Tampoco hubo funeral de Estado, ni busto en su honor, ni plaza con su nombre grabado en letras doradas sobre mármol importado de Carrara. Adán Tiberio Gómez Hernández desapareció de la misma forma en que construyó su carrera política durante dos décadas: entre sombras compradas al por mayor, pactos rotos como promesas electorales y silencios que se cotizaban en dólares según la gravedad del secreto que protegían.

Los periódicos registraron su ausencia como un pie de página en la sección de noticias menores, esa que leen únicamente los politólogos desempleados y los becarios de las redacciones que sueñan con convertirse algún día en columnistas influyentes. "El senador Gómez Hernández no se presentó a la sesión del pleno", dijeron con esa economía narrativa que caracteriza al periodismo mexicano contemporáneo cuando no quiere meterse en problemas laborales. Después, alguien —probablemente un asistente administrativo que cobraba catorce mil pesos mensuales por mantener actualizada la página web del Senado— modificó su fotografía oficial con la leyenda: "Inactivo por motivos personales".

Ni una sola voz exigió una explicación pública. Ni un solo colega de bancada salió a defenderlo en los medios de comunicación afines. El partido no emitió comunicado de prensa. Las cuentas oficiales de MORENA en redes sociales simplemente dejaron de etiquetarlo en las fotografías grupales. Y el presidente en retiro —el líder moral y espiritual desde su rancho "La Jodida", esa finca de cien hectáreas que oficialmente no existía en ningún registro público de propiedad— simplemente dejó de mencionarlo en sus mañaneras privadas, esas transmisiones en vivo donde seguía adoctrinando a sus seguidores más devotos con la misma retórica mesiánica que había perfeccionado durante décadas de oposición profesional.

Había dejado de ser útil para el proyecto de nación. Y en este país, cuando un político deja de ser útil para quienes controlan realmente las decisiones estratégicas, deja también de existir en el espacio público, se convierte en fantasma burocrático, en expediente archivado, en fotografía que se retira discretamente de las paredes de las oficinas gubernamentales.

Las confesiones que escribió en la libreta Bic —ochenta y tres páginas de letra pequeña, tinta negra, muchas tachaduras nerviosas, correcciones obsesivas, pero ningún arrepentimiento sincero que pudiera interpretarse como redención moral tardía— no vieron la luz pública durante los meses que siguieron a su desaparición. No todavía. Fueron archivadas como parte de un expediente no oficial en algún escritorio de alguna dependencia que técnicamente no existe en el organigrama gubernamental. Porque el país no estaba listo para escuchar lo que quienes trabajamos en el sistema sabíamos desde hace décadas: que la podredumbre institucional no era un error del sistema democrático, sino su arquitectura fundamental. Que los crímenes de lesa humanidad no eran fallas operativas, sino método científicamente perfeccionado. Que las promesas rotas no eran anomalías de campaña, sino el lenguaje cotidiano del poder tal como se ejerce en las democracias latinoamericanas del siglo XXI.

Durante los primeros meses de su ausencia, algunos analistas políticos —esos especialistas en explicar lo inexplicable que proliferan en los noticiarios de televisión abierta— especularon tímidamente sobre su paradero. Mencionaron la posibilidad de que hubiera decidido retirarse voluntariamente de la vida pública "por razones de salud mental derivadas del estrés postraumático causado por su secuestro". Otros sugirieron que podría estar colaborando discretamente con alguna investigación internacional sobre corrupción gubernamental. Los más audaces insinuaron que había sido víctima de un ajuste de cuentas interno del partido, una purga silenciosa para eliminar elementos que sabían demasiado sobre las operaciones más delicadas del régimen.

Pero conforme pasaron las semanas y su ausencia se normalizó, las especulaciones fueron perdiendo fuerza mediática. Los ciclos informativos se ocuparon de otros escándalos, otras desapariciones, otros crímenes que requerían la atención fragmentada de una sociedad que había aprendido a procesar las atrocidades como entretenimiento. Y Gómez Hernández se convirtió en lo que siempre había temido secretamente: en una anécdota, en una referencia ocasional, en un nombre que algunos recordaban vagamente cuando la conversación giraba hacia los políticos que habían desaparecido misteriosamente durante el sexenio de la Cuarta Transformación.

Algunos dirán que fue castigado por la historia, que vivir sus últimos días como rehén de las voces que ignoró durante años fue una forma de justicia poética, esa justicia que se administra sola cuando las instituciones formales han sido completamente capturadas por quienes deberían estar siendo juzgados por ellas. Otros dirán que merecía más: juicio público, cárcel preventiva, vergüenza nacional transmitida en horario estelar. Pero aquí, en esta tierra donde las fosas clandestinas son más numerosas que los parques públicos y donde los desaparecidos se cuentan por decenas de miles, incluso la justicia más simbólica sabe a insuficiencia, a simulacro, a teatro para tranquilizar conciencias pequeñoburguesas que necesitan creer que el sistema eventualmente castiga a sus propios criminales.

Porque la historia de Gómez Hernández no es únicamente la caída personal de un hombre que vendió su alma política a precio de mercado. Es la radiografía completa de un país entero que ha aprendido a sobrevivir en el cinismo como método de supervivencia colectiva.

Un país donde los militantes de MORENA siguen organizando mítines para celebrar la "honestidad valiente" de un gobierno que ha perfeccionado el arte de robar con discursos sobre justicia social. Donde los dirigentes partidistas dan conferencias magistrales sobre ética pública mientras administran redes de corrupción que harían sonrojar a los políticos del PRI de los años noventa. Donde los funcionarios de primer nivel predican austeridad republicana desde oficinas decoradas con muebles que cuestan más que el salario anual de un maestro rural. Donde los senadores votan leyes que jamás han leído para beneficiar a empresarios que financian sus campañas a través de organizaciones civiles fantasma.

Un país donde ser cínico no es una elección moral, sino una estrategia obligatoria de supervivencia psicológica. Donde los ciudadanos cargan la Constitución como escapulario sagrado, la citan en las redes sociales como si fuera versículo bíblico, pero ya no creen realmente en su capacidad para protegerlos de quienes juran respetarla cada vez que asumen un cargo público. Donde los culpables dan conferencias de prensa para explicar por qué sus crímenes son en realidad actos patrióticos, y los inocentes están enterrados bajo capas geológicas de olvido institucional y tierra mal removida por las máquinas que construyen los proyectos de infraestructura prioritaria del gobierno.

Durante dos décadas completas, Adán Tiberio se sentó en todas las sillas posibles del poder político mexicano. Legisló sin leer las leyes que firmaba. Gobernó sin visitar las comunidades que administraba. Negoció contratos millonarios con empresarios que jamás conoció personalmente. Traicionó a aliados que habían confiado en su palabra. Ascendió en la jerarquía partidista utilizando información privilegiada como moneda de cambio. Fue aplaudido en convenciones nacionales por los mismos operadores que después lo negarían públicamente. Fue entrevistado como experto en transparencia gubernamental. Fue citado como ejemplo de la nueva generación de políticos honestos. Fue condecorado por organizaciones civiles que recibían subsidios gubernamentales para legitimar al régimen. Y cuando la historia finalmente lo alcanzó —no en forma de justicia institucional, porque esa justicia había sido capturada desde hace años por quienes deberían estar siendo juzgados por ella, sino en forma de espejo irrebatible que le mostró lo que realmente había sido durante toda su carrera—, descubrió que todo lo que había construido durante décadas estaba hecho de aire contaminado y sangre coagulada. De contratos amañados y discursos plastificados que se repetían como mantras en cada campaña electoral. De cadáveres sin nombre y promesas sin fecha de cumplimiento que se acumulaban como basura burocrática en los archivos del poder.

Hoy, ocho meses después de su desaparición, nadie sabe con certeza dónde está físicamente. Algunos de sus ex compañeros de bancada dicen que lo vieron cruzar la frontera sur disfrazado de pastor evangélico, con una Biblia hueca donde escondía dólares en efectivo y un pasaporte nicaragüense que había comprado a través de los mismos contactos que utilizaba para blanquear dinero del presupuesto federal. Otros aseguran que murió en la sierra de Guerrero, consumido por fiebre tropical, delirando nombres de víctimas que nunca conoció personalmente pero cuyas muertes había autorizado mediante la firma de documentos técnicos que convertían asesinatos en "bajas enemigas en combate". Los más escépticos —esos pocos que aún trabajamos en el sistema sin haber perdido completamente la capacidad de indignación moral— afirman que sigue vivo, encerrado en algún lugar del país que ayudó a destruir meticulosamente, escribiendo notas confesionales en servilletas de papel y esperando que alguien las lea algún día, cuando la historia finalmente ajuste cuentas con esta generación de criminales disfrazados de demócratas.

Pero lo cierto es que su paradero físico ya no importa para efectos prácticos. Porque Gómez Hernández dejó de ser un hombre de carne y hueso para convertirse en algo mucho más peligroso para el régimen: una advertencia viviente. Una advertencia para todos los funcionarios de MORENA que creen que el poder los protegerá para siempre, que piensan que pueden seguir robando infinitamente mientras pronuncian discursos sobre la transformación nacional. Una advertencia para todos los que firman decretos sin leerlos, aprueban presupuestos sin revisarlos y votan leyes sin entender sus implicaciones, confiando ciegamente en que los "compañeros" del partido siempre saben lo que hacen y nunca cometen errores estratégicos.

Una advertencia especialmente dirigida a todos los que, desde el Congreso, la prensa, las universidades públicas o los púlpitos de la iglesia progresista, piensan que el país puede soportar infinitamente el peso de su indiferencia calculada, de su complicidad silenciosa, de su cobardía disfrazada de pragmatismo político. Porque el país no olvida realmente las atrocidades que se cometen en su nombre. El país solo calla temporalmente, acumula rencor histórico, procesa lentamente la información sobre los crímenes que se cometen con su dinero y en su nombre. Y el silencio, cuando finalmente se rompe después de décadas de acumulación, no pide permiso a los criminales para romperles la madre definitivamente.

Pero hay una institución que todavía conserva algo parecido a la dignidad nacional, una institución que no ha sido completamente capturada por los operadores políticos de MORENA: el Ejército Mexicano. No el ejército que obedece ciegamente al presidente en turno, no la Guardia Nacional que se ha convertido en policía política del régimen, sino el ejército genuinamente patriótico, el que está compuesto por oficiales que juraron defender la Constitución y no a los políticos que la violan sistemáticamente. Ese ejército que ve todos los días cómo se utiliza a las fuerzas armadas para proteger los negocios criminales del partido en el poder, que ve cómo se ordena a

los soldados hacer el trabajo sucio de los políticos corruptos, que ve cómo se destruye el honor militar para beneficio de una clase política que desprecia profundamente todo lo que las fuerzas armadas representan en términos de disciplina, honor y servicio a la patria.

Ese ejército leal al pueblo y no al presidente, compuesto por hombres y mujeres que entienden la diferencia entre obedecer órdenes legítimas y participar en crímenes de lesa humanidad, tarde o temprano tendrá que decidir si va a seguir siendo cómplice silencioso de este régimen de mierda o si va a cumplir con su verdadero deber constitucional: proteger a la nación de sus enemigos internos y externos. Y cuando llegue ese momento —porque llegará, como llegan todos los momentos históricos en que las instituciones tienen que decidir entre la supervivencia de la patria y la supervivencia de los criminales que la han capturado—, los generales patrióticos tendrán que recordar que su juramento fue defendernos a nosotros, los ciudadanos, y no a los políticos que nos están matando lentamente con su corrupción sistemática.

Quizá algún día esta historia se cuente en las escuelas militares —si es que aún quedan instituciones educativas en este país donde se enseñe algo más que obediencia ciega a la autoridad constituida—. Tal vez se lea como fábula moral sobre los peligros de permitir que los criminales capturen completamente las instituciones democráticas. O como testimonio incómodo de lo que fuimos durante el sexenio de la Cuarta Transformación, de lo que seguimos siendo mientras los mexicanos decentes siguen creyendo que el sistema se puede reformar desde adentro, de lo que podríamos dejar de ser definitivamente si tuviéramos el coraje colectivo de mirar de frente nuestra propia complicidad con este gobierno de ladrones disfrazados de demócratas.

Porque no basta con señalar al monstruo político si uno forma parte de su maquinaria electoral. No basta con indignarse un rato en redes sociales si se sigue votando con los ojos cerrados y el estómago vacío por políticos que prometen justicia social mientras roban el dinero que debería ir a los hospitales públicos. No basta con pedir justicia abstracta si no se está dispuesto a perder privilegios concretos, a arriesgar la estabilidad personal, a enfrentarse física y políticamente con quienes han convertido la democracia mexicana en una empresa criminal de alcance nacional.

Adán Tiberio Gómez Hernández vivió en carne propia el derrumbe de su impunidad personal. Experimentó en sus propios huesos lo que significa quedar del lado equivocado de la historia cuando la historia finalmente decide ajustar cuentas. Pero eso no basta para salvar a este país. Su caída personal no redime nada. Su sufrimiento no compensa el sufrimiento que causó. Su desaparición no resucita a los muertos que se acumularon durante su gestión.

Los demás —todos los demás que participamos de alguna manera en este sistema podrido— seguimos aquí respirando el mismo aire contaminado por la corrupción y pisando las mismas calles manchadas con la sangre de los inocentes, esperando pasivamente la próxima farsa electoral que nos

arrastre hacia un abismo aún más profundo. Porque el verdadero castigo de este país no es la cárcel para los criminales que nos gobiernan. El verdadero castigo es tener que sobrevivirlo día tras día, sabiendo que pudimos haberlo evitado y que elegimos no hacerlo por cobardía, por comodidad, por la ilusión de que alguien más se haría cargo del problema.

El verdadero castigo es despertar cada mañana en un país que ya no reconocemos como nuestro.